Artes, oficios, profesiones y pasatiempos I







Artes, oficios, profesiones y pasatiempos

I

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978 9942 22 345 6

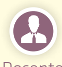
Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN







Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice




MICHELLE ANAHÍ CARRERA
nació en Ambato, Tungurahua, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato. Su actividad favorita es conversar con su familia y amigos.

Ídolo inocente

Desde que tengo memoria recuerdo que la mayor parte de mi familia es hincha del ídolo de Ambato, Macará. Al mismo tiempo, me acuerdo que junto con mis tíos asistíamos a apoyar a nuestro equipo en los encuentros que más podíamos que se realizaban en la cuidad.

Hace un corto tiempo mi primo de seis años asistió por primera vez a un encuentro entre Macará y Técnico Universitario, el clásico ambateño. Recuerdo claramente que mi pequeño primo estaba muy emocionado de asistir al encuentro deportivo, así que



desde muy temprano estaba listo, con su camiseta puesta y con todo el entusiasmo. Fue así que salimos de casa dos horas antes del encuentro y nos dirigimos al Estadio Bellavista, donde tuvimos que esperar alrededor de una hora para poder presenciar el tan esperado partido.

Como muchos sabemos, dentro de los estadios la euforia de los hinchas es evidente, así es que al momento de alentar al equipo muchas palabras de todo tipo se escuchan en el graderío. Durante todo el juego la emoción de mi primo era notable, a pesar de que el encuentro continuaba cero a cero. De inicio a fin él estaba atento a cada una de las jugadas que se realizaban.

Continuaba el partido y el ansia de los hinchas era evidente, incluyendo la de mi pequeño primo. Ya casi perdíamos las esperanzas pero al final, a tan solo cinco minutos de terminar el encuentro, el tan anhelado gol llegó y los hinchas del Macará lo

celebramos a todo pulmón. Al finalizar el encuentro, la felicidad de mi primo no se podía comparar con nada. No podía esperar el momento de llegar a casa y contarles a todos lo increíble del partido.

Al llegar, empezó a contarle a su mamá cómo había sido el encuentro deportivo y cómo se había sentido. Llegó el momento en el que comenzó a relatar todo lo que había escuchado. Hasta se había memorizado parte de las barras del equipo.

Poco después nos dijo que había escuchado decir a un hincha una palabra que nunca antes había oído. En ese momento todos los que estábamos escuchándolo nos asustamos, ya que en el estadio se suele utilizar palabras inapropiadas para tratar a los demás. En ese momento mi tía le preguntó a qué se refería y él respondió: "Es una palabra que empieza con 'ver'". Ese mismo instante todos nos asustamos y esperamos que completara la palabra pero él seguía diciendo que era una palabra que empezaba con "ver". Su mamá, llena de intriga, le preguntó cuál era la palabra completa, a lo que él respondió: "Es la palabra ver… ver… ¡verdugos!".

Ese instante sentimos alivio porque no era la mala palabra que todos esperábamos y comenzamos a reír. Mi pequeño primo no entendía qué había sido tan gracioso para que todos nos riéramos pero continuó contando su historia.

A pesar de que ha pasado algún tiempo de aquella épica historia, mi familia aún recuerda las palabras exactas que mi primo dijo, y cada vez que lo recordamos volvemos a reír.

KRISTOFER MATEO VIVES
nació en San Agustín de María, Esmeraldas, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa México 29. Su actividad favorita es jugar fútbol.

El pies de oro

No hace mucho tiempo sentía una gran fuerza que me unía al fútbol y que nadie conseguía ver. Estaba triste porque yo quería mostrar al mundo cómo era yo pero a nadie le interesaba. Yo era un niño normal como cualquier otro niño al que nadie prestaba atención. Mi vida solo se basaba en ser despreciado en los partidos de fútbol, nadie me elegía. Elegían a Mateo, el más peleón; o a Jhampier, el más molestoso; incluso a Diego, el más vago. Pero nunca a mí.



Hasta que un día me cansé de tanto desprecio y quise apuntarme a un equipo de fútbol para poder mejorar mi forma de jugar y así entrar a un equipo importante. Me apunté tres días a la semana. Las clases eran los lunes, miércoles y viernes y era el equipo más famoso de la ciudad de Santo Domingo. Lo mejor de los partidos era que salían transmitidos por televisión, así mis compañeros me podrían ver cómo jugaba y se darían cuenta de lo bien que lo hacía.

Los primeros días me costaron mucho pero me esforcé y fui adaptándome al entorno. Allí todo era tan diferente, el estadio era muy grande —igual que las porterías—, había gradas, hasta un árbitro y todo era muy impresionante. Pasaron los días hasta que llegó el día del partido. Estaba nervioso ya que era la primera vez que jugaba en un partido con mi nuevo equipo.

De repente, nuestro entrenador dijo que era el momento y salimos al enorme estadio de fútbol. Había luces que me deslumbraban, cámaras, un montón de gente en el graderío. Todo eso me impresionó, nunca había visto una cosa igual. El árbitro nos dijo que nos colocáramos y empezó el partido.

Transcurrieron minutos y minutos, y seguíamos empatados cero a cero con el equipo Verde 70. Los nervios me recorrían todo el cuerpo. Tuve un montón de oportunidades para marcar el primer gol y las desaproveché. Entonces, de la nada, salió mi compañero Estalin con la pelota entre los pies y me dijo: "Marca". Yo estaba nervioso, no sabía qué hacer pero reflexioné un segundo y volví al partido. Estaba frente al portero y tenía la oportunidad de marcar, mi sueño se haría realidad. Me concentré y me dije, "Vamos, tú puedes hacerlo, todo depende de ti". Por un momento dudé que fuera a marcar así que cerré los ojos y esperé el resultado. Esos segundos me parecieron interminables hasta que los abrí. No lo podía creer, ¡había marcado! Todos mis compañeros fueron corriendo a abrazarme. No lo podía creer, mi sueño, ¡hecho realidad! Tenía un cosquilleo por todo el cuerpo, un suave cosquilleo, un cosquilleo de victoria.

No sabía lo que me esperaría al día siguiente en el colegio, así que dejé que sucediera. Mis profesores me dieron la enhorabuena y mis compañeros nunca me volvieron a despreciar. Pero mis compañeros ya no eran mis compañeros de clase, eran mis amigos.




MARÍA ELENA NARANJO estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato.

El mejor cumpleaños

El comportamiento de las personas está reflejado, o basado, en sus gustos y aficiones. Soy la única chica en el barrio que juega fútbol, me dicen que soy la mejor y en mis camisetas deportivas siempre llevo el 10.

Un día cualquiera me alistaba para debutar en el partido más importante de la historia del fútbol femenino, una semifinal. En



cada encuentro deportivo siempre entregaba el ciento por ciento de mi habilidad. Siempre, como vulgarmente se dice, sudaba la camiseta con mucho esfuerzo. Soy una persona que sabe lo que quiere, sé hasta qué instancias debo llegar y lo consigo siempre.

El encuentro estaba organizado para el domingo 16 de octubre, el día que yo cumplía quince años. Llegué al estadio en el que estaba previsto el partido pero no había ninguna clase de semifinal, ni ningún partido. Agaché la cabeza y dije: "Me mintieron", destrozada, triste, enojada. Estaba sin palabras para explicar lo que sentía ese momento. Enfurecida busqué un taxi para regresar a mi domicilio.

"Estaba muy ilusionada con ese partido", iba pensando de camino a casa. Me preguntaba por qué lo habían hecho pero no encontraba una razón clara y precisa.

En el trayecto a casa el taxista se bajó, me tapó los ojos y me dijo que no tenía que hacer ruido. Yo, asustada, no sabía qué hacer, estaba muy cerca de mi destino. El taxista me estrechó la mano para poder bajar del carro y me hizo caminar suavemente. ¡Yo no tenía idea de que mis compañeras de equipo me habían preparado una fiesta sorpresa!

El señor taxista me quitó la venda de los ojos y todo fue un caos, todas mis compañeras se encontraban con el uniforme del equipo, esperando que llegara la cumpleañera. Emocionada, me senté y me puse a llorar. Ni siquiera me lo imaginaba, fue la experiencia más hermosa del mundo, y lo mejor es que el pastel era el diseño de una cancha de fútbol. Me quedé sin palabras y así me festejaron mis quince primaveras.




BRANDON DAVID ESPINOSA
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ibarra.

Sigue soñando (mi talento es la gloria de un país)

Todo comenzó en un barrio humilde y alejado en el que nació un niño prodigio, el que, con el transcurrir del tiempo, pasaría a ser parte de la historia y a formar parte de nuestra memoria. Un niño que fue testigo de la miseria de su familia pero que con el balón a su lado



se sentía protegido. Creció y se formó en un barrio obrero, raíces que lo forjaron para ser un guerrero. Sus problemas desaparecían en el terreno de juego y en la cancha siempre mantuvo el fuego. Con siete años se mudó a la ciudad de Lisboa.

El chico sentía seguridad durmiendo con la bola, su madre trabajaba duro para pagar las facturas, la vida era cuesta arriba y se hacía cada vez más dura. Sin importar los problemas, ni las circunstancias, en cada partido marcaba varios goles y nada ni nadie le iba a quitar el sueño de ser un jugador profesional.

Su corazón enfermó, por un momento la ilusión se apagó. Por suerte salió perfecta la operación y el problema se solucionó, se liberó la tensión y volvió con más ganas para lograr todo lo que un día soñó. En sus entrenamientos se pulió como futbolista, por la banda regateaba ya que era un artista. Con solo diez años, en muchas competiciones, destacó y sabía que pronto estaría

cumpliendo todos sus sueños y que llegaría a la cima. Pero eso no le bastaba, quería trascender en la historia y mientras lo hacía con severo control de sol a sol su única obsesión era la de ganar y meter goles. Tuvo una madre que apostó por él y solo ella sabe el dolor y todo lo que costó, quién diría que el niño que no quiso tener acabaría siendo su mayor ilusión.

El tiempo pasó, el sentimiento creció, y el niño se fue de su casa a probar suerte a los trece años. Sin ningún murmullo su madre se entristeció pero con orgullo esperó que el viaje empezara para susurrarle: "Hijo, este es tu sueño, cuídalo y que no cese, espero que tu padre esté orgulloso cuando te encuentre. No te sientas mal, estarás solo a veces pero es normal, no te rindas, no tropieces".

El niño se fue cargado de esperanza a perseguir sus sueños, a luchar contra la avalancha. Sabía que perdería amigos y momentos, pero por hacer lo que más amaba siguió edificando sus talentos. Así comenzó una historia o quizás un sueño, el sueño del niño que jamás se rindió y que nunca pensó en el olvido.




CHRISTIAN GIOVANNI PACHACAMA
nació en Amaguaña, Pichincha, en 1987. Trabaja en la Unidad Educativa Dr. José Ricardo Chiriboga Villagómez. Su actividad favorita es el fútbol.

Mi pasión por la vida

La historia de mi pasión por la vida tiene nombre y es el deporte más practicado en el mundo, el fútbol. Desde que estaba en el colegio mostré grandes aptitudes para jugar pero ni mi papá ni mi mamá querían que hiciera de él una profesión. Mi padre decía que el fútbol es ingrato. Él fue buen jugador, de mucho talento, pero tuvo una lesión grave que lo dejó fuera de la cancha por un tiempo y por ese motivo me aconsejaba que siguiera estudiando. Nadie

me apoyaba, ni siquiera mi tío que fue el que me enseñó a jugar porque mi papá, por el trabajo, no tenía tiempo.

Así que seguí sus consejos y me fui a la universidad después de hacer un trato con mi mamá. Consistía en que me iba a dejar probarme en algún equipo profesional pero que iba a estudiar, y bajo esas condiciones fui a estudiar Administración de Empresas. A mi madre siempre le gustó verme vestido de traje pero a mí no me gustaba mucho, aunque tenía que cumplir con la promesa.

Fui a probarme en El Nacional pero no tuve éxito ya que me dieron muy poco tiempo para mostrar todas mis aptitudes. Después fui al Deportivo Quito pero tampoco pude quedarme. Cuando me iba a dar por vencido encontré a un amigo que vive cerca del barrio y que estaba entrenando en la ESPOLI (Escuela Superior de Policía). En aquellos tiempos el director técnico era el señor Sixto Vizuete y me invitó para probarme durante el siguiente entrenamiento. Por fin tuve éxito y logré quedarme. Fue el día más emocionante del mundo ya que siempre me visualicé en una cancha y que los aficionados mencionaran mi apodo. Fueron los cuatro meses más chéveres.

En ese tiempo obtuve la confianza de Vizuete, el cual, en un entrenamiento de la Sub-20, porque había faltado un delantero —mientras nosotros, la Sub-18, entrenábamos—, me llamó y me dijo que ocupara el puesto libre. Dudé porque no había jugado en esa posición pero lo hice y traté de mostrar todas mis habilidades pero los nervios me detuvieron. Jugué como quince minutos y me hicieron cambio. Me puse muy triste por no poder exhibir mi habilidad con el balón y no ascender a otra categoría, pero las ilusiones seguían vivas y seguía entrenando hasta que nos desvincularon del equipo por la llegada de otros jugadores.

Lo que más rabia me daba era que, como en todo lado, “Sin padrino no te bautizas”. Era la típica palanca de personas

influyentes y de los hijos de los tenientes y coroneles de la Policía. Para colmo, y como siempre viene una desgracia encima de otra, tuve una lesión de la cual nunca me olvidaré. Mis amigos siempre me recordarán porque preferí irme a jugar con unos compañeros de un equipo al cual me querían llevar, y no me fui con ellos, y aquel día me lesioné en una disputa por el balón. Se me quedaron clavados los pupos en el césped y se me rompieron los ligamentos cruzados y el ligamento posterior. Si pudiera regresar en el tiempo y saber lo que me iba a pasar, habría preferido ir a jugar con mis amigos de toda la vida.

Ese día me di cuenta de que solo hay uno que otro amigo verdadero, porque cuando estaba bien me iban a buscar a la casa y me llevaban en carrera para jugar. Aquel día nadie me ayudó a irme a la casa. No podía caminar y mi rodilla estaba muy hinchada. Tuve que llamar a mi mamá para que viniera a verme



y después de unos minutos llegó papá junto con mamá. No pude controlar el llanto. Lloré pero no de dolor sino porque sabía que era una lesión grave, porque había sentido cómo se me rompieron los ligamentos: tal cual ver romperse la cuerda de una guitarra.

Al llegar a casa mi mamá lloró y se molestó con mis compañeros porque no me habían ayudado. Tomé pastillas para calmar el dolor y al día siguiente me llevaron donde un sobador a quien ya había recurrido antes, pero esta vez la lesión sí era de consideración. No pudo ayudarme y no quedé bien. Me ayudó a volver a caminar y me dijo que esperara un tiempo y que necesitaría cinco sobadas más para quedar bien. Cada vez que lo hacía, mi mamá me sostenía la pierna y mi papá los brazos porque el dolor era insoportable, a tal punto que mordía mi buzo para no gritar. Todavía recuerdo aquellos momentos dolorosos pero era más por el deseo de curarme que por el dolor que producía.

Todavía recuerdo que el primer partido después de la lesión traté de jugar con toda normalidad pero con mucho temor. En una recepción de balón por el pase que un compañero me había hecho traté de pararlo y mi rodilla no pudo sostener la fuerza. Sentí cómo se desprendía mi rodilla hacia un costado. Ese día me di cuenta de que no había otra opción que la operación, a la cual no quería llegar porque sabía que después de eso no iba a poder jugar como antes.

ESTELA JACKELINE MOYA
nació en Manuel Cornejo Astorga - Tandapi, Pichincha, en 1977. Trabaja en la Unidad Educativa Dr. José Ricardo Chiriboga Villagómez. Su actividad favorita es el deporte.

Mi historia futbolera

Me llamo Jackeline y tengo cuarenta años. Soy madre de dos hijos, uno de catorce, varón, y una niña de ocho. Trabajo como docente y vivo en mi casita propia, en un tercer piso, en el barrio Moya Guevara. Salgo cuando puedo con mis amigas. Mi vida resulta un tanto rutinaria de lunes a viernes así que procuro aprovechar los fines de semana para disfrutar de las actividades que ofrece una ciudad como Quito o Santo Domingo.

Me considero una madre responsable y deseo que mis hijos, cuando sean mayores, sean buenas personas. Creo que de momento lo estoy consiguiendo, y eso me hace muy feliz. Intento solucionar mis problemas, si tienen solución, afrontar los malos momentos y disfrutar de los buenos.

Antes era una "chica liberal" para el fútbol, mis amistades jamás eran mujeres, solo tenía amigos hombres, los cuales me cuidaban y eran muy respetuosos. En honor a la verdad debo decir que era muy buena para jugar, considero que fui una de las mejores al nivel del pueblo desde 1993 hasta 2004. Los primeros años jugaba en un equipo llamado Huracán, que era dirigido por Olmedo Coveña, un chonero que daba la vida por este deporte. En



cada campeonato jugado conseguíamos ser triunfadoras. Incluso al jugar a nivel cantonal quedamos campeonas, allá por los años 1995-2004. También jugué en equipos como La Tenas, Juvenil Tandapi, Cruceiro, Juan Montalvo, Atalaya y Lazio, con los que conseguí más de doscientas medallas entre oro, plata y bronce.

Mientras mis estudios continuaban, y cursando el quinto año de bachillerato, el licenciado Carlos Calispa, rector del colegio donde estudiaba, que también era directivo de la liga cantonal de Mejía, escogió un grupo de chicas para pertenecer a la selección. Entre ellas estaba yo y orgullosamente acepté, aunque siempre con el permiso de mi padre, que era un hombre estricto, serio y muy justo. Como soy la primera hija, si él se enteraba de que había una novedad de enamoramiento todo se iba al piso y no podría recobrar su confianza.

Seguí mis entrenamientos en Machachi y jugando también en los equipos de mi parroquia. Recuerdo que ese año quedamos campeonas a nivel cantonal y volvimos a ganar la medalla de oro. Ese campeonato ayudó a que me conocieran y a que fuera escogida para jugar en la selección de la ESPE (Escuela Politécnica del Ejército). En esta institución, ya que cursaba el sexto curso, me dieron una beca para estudiar. ¿Cómo no agradecerle a la licenciada Janeth Yugsi, ahora entrenadora de las inferiores de El Nacional?

Mientras seguía mis estudios en mi humilde colegio, por las tardes viajaba a los entrenamientos a la ciudad de Quito, a la ESPE, dejando ya la liga cantonal, porque quería seguir surgiendo en lo que me gustaba. A los entrenamientos nunca me dejaron ir sola, me acompañaba mi abuelita, en ocasiones mis tías y algunas veces mi papá. Fue un esfuerzo grande, ya que mi desempeño escolar era muy bueno, era la primera de la clase y también la abanderada del pabellón nacional del colegio; era el orgullo de mi padre, la niña de sus ojos.

El tiempo pasó y la selección de la ESPE empezó su campeonato en el cantón Quito, el cual se realizaba en diferentes coliseos, como el General Rumiñahui o el Julio César Hidalgo. Jugar en esa categoría para mí era lo máximo, había entrenadores, médicos, fisioterapeutas, psicólogos y más personas que nos acompañaban a las jugadoras. Definitivamente era mi sueño hecho realidad y me consideraba una *crack* del fútbol, estaba muy orgullosa de mí misma. Pero el tiempo me jugó una mala pasada.

Lastimosamente, en esa época, llevada por la amistad de mi compañera de clase, quien me presentó a un muchacho que estaba interesado en mí, me enamoré. No le culpo a mi amiga en su totalidad pero acepté ese enamoramiento cuando tenía veinte años. Fue mi primer amor, o tal vez solo mi primer novio, al cual no pude esconder por mucho tiempo.

Mi padre, que era un hombre estricto, se dio cuenta, a pesar de que yo seguía con mis entrenamientos y estudios sin decaer. Un día recuerdo que tenía que jugar en Quito a las siete de la noche, en el Coliseo Rumiñahui, al llegar me esperaría mi abuelita —a la cual llamaba, con mucho amor, "Mamita María"—. Salí a coger bus en la parada como a las cuatro, ese momento apareció este chico y me acompañó a la parada nada más, pero mi papá, pendiente de mi viaje, pensó que él se iba conmigo. Se molestó tanto que me hizo regresar a la casa y no me dejó ir. A pesar de mis súplicas y llantos, no conseguí que me permitiera llegar a ese partido tan anhelado. Era la final del campeonato y estábamos en el primer lugar. ¡Qué mala suerte la mía!

Esa noche mis compañeras ganaron y quedaron campeonas a nivel cantonal, y en ese momento fueron escogidas por los directivos de la Federación Ecuatoriana de Fútbol Femenino. Mi nombre estaba en su lista, solicitando mi presencia en las filas futbolísticas a nivel del Ecuador. Cuando me enteré, me invadió



la tristeza pero puedo decir que no guardo rencor por la decisión que mi padre tomó.

Pasó el tiempo, terminé mi bachillerato y seguí jugando en mi pueblo, considerada una de la mejores. Después me fui a estudiar la universidad en Quito. Jugaba en la parroquia Cutuglahua, en el barrio Pueblo Solo Pueblo, los domingos. Ganaba veinte dólares por partido, dinero que utilizaba para cualquier cosita que me hiciera falta para el estudio.

Tiempo después me gradué de analista en sistemas, en febrero del año 2000. Un mes después fui llamada a trabajar como docente en el mismo colegio donde había terminado mi bachillerato, y por medio de un concurso de merecimientos logré ingresar al Magisterio en noviembre de 2002. Luego estudié y obtuve mi título de tecnóloga en sistemas, olvidándome definitivamente del fútbol. Contraje matrimonio, tuve mis hijos y todo dio un giro de 360 grados al ser madre. Actualmente tengo ya diecisiete años trabajando en el colegio. El 30 de noviembre del presente año obtuve mi título de licenciada, del cual me siento muy orgullosa. Claro está que si hubiera escogido la carrera futbolística no hubiera tenido todas estas oportunidades que me dio mi Dios y la vida.

ELVIS LEONARDO INTRIAGO
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Guapara.

Un sueño hecho realidad

Todo comenzó con la llegada de mi padre, Fulton, que vino de la provincia de Manabí a trabajar en la Hacienda Inmaculada, donde conoció a mi madre, Celia. Se enamoraron y decidieron unirse. Después de algún tiempo mi madre quedó embarazada y fue una noticia de gran felicidad para el hogar.

Cuando mi hermano nació, estaba muy débil y pasaba muy enfermo hasta que vieron que el bebé no tenía signos vitales. Había fallecido en la madrugada. Fueron momentos de mucha tristeza para mis padres.

Con el pasar del tiempo nací yo y traje, de nuevo, alegría a la casa. Mis padres decidieron venir a vivir a Guapara. Ahí crecí y disfruté toda mi niñez. Hasta que llegó un día en el que me tocó ingresar a la escuela. Mi sueño desde una corta edad era ser futbolista pero no tuve la oportunidad de ingresar a ningún equipo porque mi padre no me llevaba.



Cuando tenía seis años mi madre tuvo a mi hermanita Damaris y todos éramos felices con su llegada. Pasaron años y terminé la escuela. Fue una época muy dura para mí ya que mi sueño era ingresar a una escuela de fútbol.

Después entré al colegio donde conocí nuevas amistades. Siempre compartíamos momentos de diversión y cuando teníamos oportunidades libres nos dedicábamos a hacer deporte con todos los compañeros del aula. Cuando tenía quince años mi padre decidió llevarme a la ciudad de Quito para meterme en una escuela de fútbol, donde tuve el privilegio de ingresar. Di todo de mí pero no fue suficiente para poder pertenecer a aquel equipo. Tuve que regresar a la casa con mis padres y retornar a mis estudios.

Vino un entrenador y ofreció prepararnos. Mis amigos y yo asistimos al entrenamiento y después formamos un equipo de fútbol. Tuvimos la oportunidad de participar en el campeonato de Pangua, donde dejamos en alto el nombre de nuestra comunidad, Guapara, obteniendo el primer lugar.

Mis sueños se iban cumpliendo poco a poco. Tuve el honor de pertenecer al Club Deportivo Guapara y con el pasar del tiempo llegamos a disputar la final y quedamos bicampeones. Después de un par de años el campeonato se volvió a organizar en el GAD[1] Municipal de Pangua. Allí juego en el equipo Atlético Juvenil Guapara, donde estamos en primer lugar en la tabla de la serie B. Para mí es un sueño hecho realidad. Sigo con mis estudios del colegio y haciendo lo que más me gusta en esta vida.

1 Gobierno Autónomo Descentralizado.




GABRIEL ALEXANDER ALTAMIRANO
nació en El Corazón, Cotopaxi, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Moraspungo. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Luchen por ser campeones, no se rindan

Todo empezó cuando tenía seis años y comencé a jugar fútbol sala en la escuela. Yo defendía junto a mi amigo Paúl. Jugábamos con garra, dábamos todo lo que sabíamos, entregábamos cuerpo y alma en la cancha. Desde pequeño aprendí a defender porque mis otros compañeros eran delanteros.

Con el pasar de los años seguí creciendo más y más hasta que llegué al séptimo grado. Fue mi último partido del año en la escuela y, como todo era distinto en la cancha, jugamos como nunca lo habíamos hecho, pero al final de cada partido siempre alguien gana o pierde.

Ese día fue el más triste para Séptimo A porque fuimos derrotados por el Séptimo B. Me sentí un inútil pero eso no es todo: al siguiente año llegaría otra final pero no sería la misma, sería distinta de las otras. ¿Por qué? Porque nos dividiríamos en otros paralelos y estaríamos separados unos de otros, u organizados entre iguales en los juegos internos del colegio. Mis nuevos compañeros jugaban muy bien, teníamos un equipo majestuoso conformado por Alejandro, Jerry, David, Fabián, Júnior y yo. Fuimos los vicecampeones de la categoría inferior.



Por el trofeo de campeones sacrificamos las tardes para entrenar. Esto dio fruto pero no fue suficiente, no le ganamos al Décimo C porque ellos eran más en la cancha. Igual no nos dimos por vencidos y cuando íbamos perdiendo le metimos más garra para poder empatar y así darles una pelea a muerte.

Pero en todo partido debe existir un ganador y un perdedor y esta vez tampoco fuimos los campeones. En ese momento, llenos de iras, no supimos con qué desahogarnos, así que nos dijimos que cuando llegáramos al bachillerato volveríamos a escoger la carrera de electromecánica para la revancha. Esta fue la segunda final, aunque dicen que la tercera es la vencida.

Nuestra revancha estaba lejos porque faltaban tres años. Llegamos al bachillerato pero no estábamos todos por falta de cupos. Estábamos preocupados pero no era importante. No llegaron David ni Júnior ni Carlos, pero conocimos a nuevos amigos que jugaban muy bien así que hicimos un nuevo equipo conformado por Jeremy, Jonathan, Joel, Alejandro, Jerry y yo.

Estábamos listos para el partido de la final con el Segundo de Ciencias. Les ganamos 3 a 2. Tras la constancia de querer ser campeones desde séptimo, al fin lo conseguimos. Fuimos los campeones indiscutibles, sentimos la alegría más grande al escuchar: "Primero de electromecánica, los campeones, salgan a recibir sus medallas". Tras ver por cinco años cómo otros se consagraban, al fin, nosotros quedamos dentro de la historia como campeones del colegio.

ISRAEL ALCOCER nació en Riobamba, Chimborazo, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Capitán Edmundo Chiriboga. Su actividad favorita es leer.

Un aprendiz de la vida

Esta historia de vida es de superación personal. Cuando era estudiante de educación básica en la Escuela San Felipe Neri, pasé por situaciones difíciles y sufrí de mucho acoso escolar por parte de mis propios compañeros e, incluso, de una maestra.

Todo sucedió porque era un niño gordo. Esta fue la causa para ser marginado y excluido de mis amigos y ser la burla de todos.

Esto provocó que mi autoestima estuviera por los suelos y que caminara siempre agachando la cabeza, o puesto una gorra para que nadie me pudiera ver la cara. Al hacer eso me sentía más seguro. Mis papás nunca se enteraron de mi problema, no se lo conté porque tenía miedo de que fueran a reclamar a los demás niños y con esto provocaran más burlas.

Como todo niño gordo tenía hambre frecuentemente. Un día estaba en mi aula y saqué un pan con mortadela que mi mamá me había enviado para el recreo. La maestra vio que estaba comiendo, se me acercó y me dio un pequeño golpe en la cabeza. Me dijo: "Nadie te amará si sigues engordando". Las palabras de la maestra hicieron que llorara porque pensé que ser gordo era malo y que ni mis papás me iban a querer.



Llegué llorando a casa porque iba pensando en lo que me habían dicho. Mi mamá me preguntó por qué lloraba y tuve que contarle todo lo que estaba pasando en la escuela. Ella no me mandó al siguiente día pero fue a hablar con mi maestra.

No fui algunos días y después mi papá me dijo que iba a ir a otra escuela porque quería que yo no sufriera más. Ahí me cambiaron a la Escuela 14 de agosto. Yo, con el miedo de que en esta escuela me pase lo mismo, no hablaba con nadie y salía solito al recreo. Así pasaron dos años y no pasé por abusos ni insultos, ya que fui conociendo a maestros que me enseñaron que ser gordo no era nada malo, y que no era una enfermedad ni un impedimento para ser feliz.

Cuando estaba en sexto conocí a mi nueva maestra, la licenciada Lilián Núñez, alguien que sin duda supo elevarme el autoestima con consejos y palabras que tenían mucho sentido. En este año también conocí al mejor amigo que tengo hasta el día de hoy, quien también era un chico gordo, y que supo ganarse mi confianza. Me enseñó que a pesar de que no vivía con su mamá, era muy feliz y no dejaba que nada arruinara lo hermoso de la vida. Pero a pesar de todo esto yo seguía con el miedo de que llegue alguien y me haga daño por ser gordo.

Un día, los profesores de educación física llegaron a mi aula para decirnos que estaban reuniendo chicos para formar el equipo de fútbol de la escuela para participar en el campeonato interescolar. Nos dijeron que las pruebas eran en la tarde y que nos esperaban con todos los ánimos. Yo llegué a casa a decírselo a mí papa y él me dijo que me iba a llevar. Yo no quería porque, obvio, era gordo y no me iban a aceptar. Se lo dije a mí papa y él me respondió que no, que él iba a estar conmigo siempre y que ser gordo no es impedimento para jugar fútbol. De alguna manera me convenció y me llevó. Me acuerdo que el profesor Pablo me había

preguntado si es que me gustaría tapar y me enseñó muchas cosas que no sabía. El otro profesor, Gabriel, me dijo que el puesto más importante era ser arquero porque era el corazón del equipo.

Los primeros días no podía pero le puse mucho corazón para poder estar en el equipo. Mi papá estaba casi todos los días en mi entrenamiento e igual entrenábamos las jugadas que el profesor enseñaba en el parque que había cerca de mi casa. Así pude entrar al equipo.

Recuerdo que habían organizado un partido amistoso contra la Escuela 5 de junio. Fue increíble porque por primera vez me puse pupos, guantes y estaba en una cancha. Sentí una emoción que no había sentido antes. Sentía cómo todos los chicos del equipo nos apoyábamos y si alguien fallaba no nos echábamos la culpa. A pesar de que perdimos no nos sentimos mal. Así comenzó el campeonato ese año y quedamos en cuarto lugar.

El próximo año volví a ingresar al equipo de la escuela. Ese fue el año más feliz de mi vida porque pudimos quedar campeones interescolares en definición por penales en las canchas de



Yaruquíes. En esa final se me acercó un profesor de la Federación de Chimborazo, que reunía a chicos jóvenes para ser arqueros, y me entregó una hoja para que se la diera a mis padres. Era para ver si me llevaban a unas prácticas que estaban haciendo.

Llegué a la canchas del club de tenis el SABU y había muchos chicos que estaban allí para entrenar. Incluso estaba el equipo juvenil de la Sub-18 de Chimborazo. Al ver a todos eso chicos con tanta dedicación que le ponían al jugar, seguí el mismo ejemplo. Mi entrenador, José Bueno, vio que todos los días iba y entrenaba mucho y no me rendía. Me dijo que necesitaba hablar con mis papás. Yo pensé que me iba a decir que estaba fuera del equipo y me sentí mal. Al siguiente día que fui con mi mamá me di cuenta de que estaba equivocado porque le dijo que quería que baje de peso porque tenía habilidades para ser un buen arquero.

Él se dedicó y me dijo que conmigo tendría otra clase de entrenamiento pero que yo pusiera el cien por ciento en la casa y que no comiera más de lo debido. Para mí fue difícil dejar de comer como lo hacía pero fueron más mis ganas de pertenecer a la Federación del Chimborazo. Empecé a ver cambios, ya era más rápido, comencé a perder peso y ya no tenía mucha barriga. Incluso podía estirarme mucho. Fue así que ingresé a la Federación Deportiva de Chimborazo, representando tres veces a la provincia en diferentes ciudades del Ecuador y quedando una vez campeón y las otras dos en tercer lugar. Entendí que la vida es hermosa cuando tienes a las personas correctas en ella, cuando te apoyan y nunca te abandonan en los peores momentos ni en los momentos felices de la vida.

ÁNGEL ORTEGA
nació en San Andrés, Chimborazo, en 1965. Trabaja en la Unidad Educativa San Andrés. Su actividad favorita es orientar el aprendizaje.

Las zapatillas

Esta es una historia de mi vida. Por el año de 1984 me encontraba cursando la universidad. Estaba en plena juventud, tenía compañeros y compañeras nuevos y nuevas pero también estaba andando con las justas, en otras palabras estaba "chiro". Mi madre, al ver que todos los fines de semana salía al juego del *indoor*, no me quería comprar más zapatillas. Me puse a pensar en qué podía hacer y en una de esas se me encendió el foco y se me ocurrió fabricar zapatillas utilizando una chompa Lee de mi papá.



Las plantillas iban a ser reutilizadas del último par que había tenido. Enseguida empecé a figurar los cortes valiéndome del molde de Venus. Luego procedí a coser en una máquina Singer, que era de mi madre, y seguidamente los ajusté con cáñamo y los pegué con pegamento Solución. Al poco rato me fui donde un zapatero a hacer los ojales y a remacharlos. Después compré un par de cordones y los probé. "Todo bien", afirmé. Al examinarlas veía que algo faltaba, era la etiqueta. Se me ocurrió poner en la zapatilla derecha la marca Lagarto, de un pantalón que había comprado dos años atrás y que ya no servía. "¡Genial!", exclamé.

Las llevé a la universidad, me las puse para el juego entre ex Maldonadinos y ex Chiriboguenses. Al rato, un compañero me

echó la vacilada: "Oigan, vengan a ver estas tillas, qué bacanas, ¿dónde las compraste?, ¿cuánto te costaron? Y de marca". Unos cuantos compañeros murmuraron burlescamente.

En esos años de juventud me divertía jugando unos cuantos partidos por la tarde, apostábamos y era mi *modus vivendi*. Jugaba inspirado, mis compañeras eran el motivo, ellas nos alentaban, eran las hinchas del equipo. Me habían convertido en su ídolo, a veces se les ocurría pedirme autógrafos. Nos hicimos viciosos del juego, tanto que a veces salíamos de clase para jugar por lo menos dos partidos los sábados y luego, con astucia de guambra, entrábamos a sentarnos para aparentar que habíamos estado en clases.

ALLISSON NICOLE ESPARZA
nació en Naranjito, Guayas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Naranjito. Su actividad favorita es leer.

El sueño de Alex

Había una vez un niño llamado Alexander a quien amigos y familiares conocían con el cariñoso apelativo de "Alex". Le gustaban mucho los deportes, especialmente el fútbol, y su mayor anhelo era ser un gran jugador cuando creciera. Sus padres eran personas humildes, amaban a Alex y siempre lo apoyaban en todo, teniendo en cuenta que el niño era muy disciplinado y tenía excelentes calificaciones. Él practicaba fútbol en su casa, con sus amigos, pero con mayor frecuencia en la escuela.

Un día, mientras estaba en la escuela, precisamente jugando pelota, llegaron otras personas de un equipo de su ciudad, el cual participaba en campeonatos tanto locales como internacionales. Alex se emocionó mucho al verlos ya que antes no había podido participar en dichos campeonatos, por su edad, debido a que uno de los requisitos más importantes era ese. Dado que la semana entrante cumpliría doce años, que era la edad adecuada para poder formar parte del equipo, se lo comentó a sus padres, y ellos le dieron la autorización para inscribirse.

Muy feliz, Alex asistía ya a sus entrenamientos, y los maestros veían en él su talento, que no todos los niños tienen la fortuna de poseer, y empezaron a darle más atención y prioridad. Hasta que un día la vida le jugó una mala pasada…

Era un dieciséis de julio, el día en que cumplía doce años y se dirigía muy alegre a la escuela. Sus padres le habían dejado en



el parterre situado frente a la puerta de ingreso, porque iban con apuro, por lo que Alex tuvo que cruzar la carretera. En vano observó hacia los dos lados de la calle porque en un abrir y cerrar de ojos se le aproximó un auto, que iba a gran velocidad, y lo arrolló.

Para entonces, sus padres ya se habían marchado pero no fue sino diez minutos después cuando los llamaron por teléfono las autoridades del plantel para darles la fatal noticia. Al enterarse, acudieron inmediatamente al Centro de Salud al que había sido trasladado y allí permanecieron atentos y prestos a cualquier cosa que se necesitase.

Luego de aproximadamente ocho horas, en las que estuvo en estado delicado en una sala que podría considerarse de cuidados intensivos, al fin, salieron los médicos. Pero en lugar de darles alivio, recibieron una noticia que los conmovió tanto que no pudieron contener las lágrimas. Su pequeño había quedado parapléjico, ya no podría caminar más y, peor aún, hacer lo que tanto le apasionaba.

Asimilando la penosa situación y agradeciendo a Dios por haber salvado a su hijo, los padres de Alex no se separaban de él ni un solo segundo. Poco a poco le ayudaron a entender que las cosas siempre suceden por algo y que quizás esta era una señal divina. Había que tomarlo de la mejor manera, y así fue.

Varios meses después del accidente, Alex se encontraba ya utilizando silla de ruedas y era un niño feliz que no se acomplejaba por nada y que creía firmemente que los planes de Dios eran perfectos. Además, tuvo el privilegio de rodearse de personas maravillosas, quienes jamás lo despreciaron por su estado y siempre lo incluyeron e hicieron sentir igual. Asistía a los entrenamientos de fútbol especializados para personas como él.




ANTONIO DAVID CABRERA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional La Dolorosa.

Porque sé que ese lugar es el único en el que quiero estar

Hace pocos años Alison, una pequeña niña de tan solo trece años, nacida en Madrid, tuvo que vivir en otra ciudad porque sus padres consiguieron un mejor trabajo. A Alison le tomó mucho tiempo acoplarse a la ciudad de Valencia debido a la comida, al clima y a tener que acostumbrarse a no tener amigos.

Era un poco tímida pero empezó a entrenar voleibol desde el primer día de colegio, ya que ella era amante de este deporte. Sus horarios eran de cuatro y media a seis y media de la tarde, todos los días menos el domingo. Su primer día fue inolvidable, hizo varias amigas y le cayó bien su entrenador. Pasaron cuatro meses y para Alison este deporte se convirtió en su verdadera pasión. Dedicaba todo el tiempo necesario al deporte, tenía constancia y daba todo en cada uno de sus entrenamientos. En una semana se acercaba un pequeño campeonato amistoso contra muy buenas y altas jugadoras.

Todo el equipo entrenó muy duro durante esa semana. Al empezar el campeonato Alison y su equipo jugaron su primer partido, no lo ganaron pero perdieron jugando bien. Como se dice: "En la vida, no siempre se gana". Alison estaba muy triste y si ella estaba así, las demás estaban peor. Pero gracias a su entrenador, Mario, quien las aconsejó y les dijo que no dejaran de luchar, se sintieron mejor. Les dijo: "Somos nuevos en esto pero tenemos ganas y actitud, algo que los demás equipos no tienen".

Al siguiente día jugaron dos partidos, en los cuales ganaron solo uno. Tuvieron más esperanza y más actitud tomando en cuenta lo que su entrenador les había dicho. Al finalizar el campeonato, no ganaron pero quedaron en un buen lugar y para ser su primer campeonato estuvo bien. El día lunes Alison llegó a casa con una enorme sonrisa en su rostro porque la habían tomado en cuenta para entrenar en la selección de la provincia. La habían visto jugar el campeonato y la llamaron, iba a entrenar con personas de otros lugares y colegios. En pocas semanas ya tenía más contacto y confianza con el equipo de la selección, y se llevaba muy bien con el entrenador, Cristopher. No fue fácil pero encontró a varias personas con muchas cosas en común, así como varias cosas que hacían igual que ella.

Ella jugaba en una posición muy importante, la posición de punta receptora, pero su estatura no la favorecía porque era más difícil hacer puntos en el ataque. Tenía un salto increíble, que no muchas de las demás jugadoras tenían, y por esa razón se ganó el puesto en el equipo. Con el tiempo su equipo empezó a viajar más seguido para ganar experiencia táctica y técnica. Su entrenador, indeciso, no estaba seguro de cuál sería el grupo final para jugar el campeonato que todas las ciudades esperan jugar: los juegos nacionales.

Para continuar entrenando ella contaba con el apoyo de sus padres, Nora y Luis, a quienes admiraba y gracias a ellos muchas de las experiencias ya vividas fueron posibles.



Pero al pasar el tiempo empezaron sus problemas. En el estudio bajó de calificaciones, sus padres discutían y en los entrenamientos Cristopher empezó a no tomarla en cuenta para algunas jugadas del equipo, la empezó a dejar de lado debido a su estatura. Alison no llegaba al bloqueo, ni logrando saltar lo más alto, aunque podía alcanzar la altura mínima que se necesitaba para poder bloquear. Su entrenador tomó en cuenta a otras jugadoras más altas que ella. Desde aquel día, después de un entrenamiento, todo fue diferente para Alison, ya no tuvo la misma actitud para entrenar y en su cabeza se metió la idea de que si un entrenador ya no ve el esfuerzo de sus jugadoras y solo se fija en la altura, no sabía para qué seguir dando todo de sí.

Alison se deprimió bastante por algunos días y su querido mejor amigo, Mike, la visitó en su casa y le dio varios consejos para que no dejara de hacer lo que amaba. Mike era su mejor amigo, ella le contaba absolutamente todo. Su gran amistad era la más unida que había. Mike era de Barcelona, se llegaron a conocer debido a los diferentes campeonatos y viajes que tuvo su equipo. Mike era un jugador de la selección de su provincia también, así que de lo que más hablaban y se entendían era de voleibol. Al ver que Alison se sentía muy mal, la visitó y tuvo todo un día para hablar sobre todo lo que le había pasado. Ella empezó a llorar mucho, le decía que estaba pensando seriamente en dejar su equipo y, lo más duro, dejar de entrenar.

Mike la llevó a la cancha, aquella cancha en la que entrenaba y se esforzaba cada día. Se sentaron viendo hacia a la red y con sabias palabras le dijo:

—Mira, Alison, ¿puedes ver lo lejos que has llegado? ¡Estás entre las mejores de toda la ciudad! ¿Cómo piensas dejar algo que ya es parte de ti? ¿Tantos logros y tantas experiencias vividas echarlas al olvido así de fácil? Pues mira, te voy a decir algo. Esto

que te está ocurriendo es un pequeño obstáculo que la vida te presentó, tienes posibilidades para seguir triunfando. Eres una de las mejores, no te rindas ahora, no cuando aún tienes demasiado por vivir en el deporte. No permitas que una persona te limite y no dejes de hacer lo que te gusta. ¿Recuerdas nuestra promesa? Nunca rendirse en le cancha, somos los mejores y los más fuertes de la existencia y nada podrá con nuestra actitud al jugar. Seremos los más felices ya que estamos en el mejor lugar, aquel lugar en el que queremos estar".

Alison lo miró y cayeron lágrimas hasta decir basta, su llanto era infinito. Lo abrazó fuertemente y le dijo:

—Gracias Mike, gracias por venir hasta acá para reanimarme. Gracias por ser el mejor amigo de todo este mundo, jamás me dejes, te amo.

Le agradeció y lo invitó a comer su comida favorita en un lugar en el que hacían la mejor comida de la ciudad. Mike la apoyaba siempre en todo lo que hacía, e igualmente Alison lo apoyaba a él y para todo lo necesario siempre estaba allí.

Mike, al regresarse a su ciudad, le dejó un pequeño regalo a Alison, era una camiseta del equipo. La camiseta decía: "¡Ánimo, tú puedes y siempre podrás!". Ella se lo agradeció una vez más y le prometió que guardaría para siempre esa camiseta y a la vez le dijo que iría con todas las ganas a entrenar, sin importar lo que pasara.

Al empezar su entrenamiento, Alison habló con su entrenador sobre aquellos detalles y lo que le hacía sentir mal. Después de hablar con Cristopher puso todas sus energías para hacer un buen papel aquel día. Comenzaron a hacer la parte técnica del entrenamiento, Cristopher la tomó en cuenta y empezaron a jugar. Después de unos cuantos puntos y jugadas, intentó bloquear y para su mala suerte dio un mal salto y pisó a su compañera del

otro lado de la cancha, sufriendo una lesión grave en el tobillo. Se lanzó al piso y empezó a gritar de dolor. Sus compañeras y su entrenador la calmaron y la llevaron al hospital.

Después de mucho esperar, el doctor la atendió y la revisó. El doctor ya conocía a Alison porque había tenido lesiones en la espalda y la rodilla, siempre acudía donde él. Después de la revisión le comentó que su lesión no era grave, pero que necesitaba días de descanso y terapia. Alrededor de un mes. Alison se puso realmente mal por todo eso, pero decidió esperar con mucha paciencia y no rendirse. Sus padres la alentaron para que siguiera adelante y para que siguiera entrenando.

Su entrenador le dijo:

—Estas son cosas que pasan, siempre le pasan a un jugador. Por suerte te pasó ahora que puedes recuperarte y mejorar. Tienes mucho tiempo, hubiese sido peor que te pasara días antes de la gran competencia, te mejorarás pronto. Te veo luego.

Extrañaba entrenar así que decidió visitar a su equipo y a su entrenador. Al llegar, todos la abrazaron diciéndole lo mucho que la extrañaban y que volviera pronto.

Al cumplirse medio mes ya estaba mucho mejor, sentía que estaba lista para volver. Así que habló con su entrenador y la volvió a integrar en su equipo. Sentía un poco de dolor al entrenar pero poco a poco fue mejorando y sintiendo menos dolor. Pasaron los meses y llegaron a lo más importante, lo que todo el año habían esperado y por lo cual se habían esforzado, los grandes juegos nacionales. Dieron todo y obtuvieron el primer lugar gracias a su esfuerzo y sacrificio. Su recompensa fue muy grande, fueron las mejores del campeonato ya que jamás se dieron por vencidas.

LUIS ANÍBAL PONCE
nació en San Gabriel, Carchi, en 1954. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Mata de Plátano. Su actividad favorita es leer.

Cara de niño bueno

El sol está endemoniado, son las dos de la tarde y en los graderíos más altos, bajo la visera del Estadio Modelo de Guayaquil, corre una tenue brisa. Produce un leve murmullo que contrasta con el bullicio impaciente de los niños y jóvenes atletas de hasta trece años, concentrados en la parte baja. La fiesta se la ve venir cual hada madrina que trae regalos para todos los presentes. El sol pega fuerte en el gramado verde intenso, en los graderíos agrisados y desolados, sobre el velódromo multicolor y por supuesto sobre la pista atlética que luce limpia, irrigada, pasada el rastrillo y con los

carriles resaltados con tiza que combinan perfecto con la tierra, negra en partes, plomiza en otras, café oscura en ciertos tramos. El sol continúa con su inclemencia y la brisa ha desaparecido aun en los escalones más altos bajo la visera.

El pito suena incesantemente. Niños y jóvenes ajetreados, corren por aquí, por allá; hacen ejercicios de calentamiento. Vuelve el pito a sonar. El color de los uniformes deportivos acrecienta el espíritu competitivo, los poros de cada uno de los atletas vierten lealtad a sus colegios, la adrenalina fluye a torrentes por sus cuerpos.

Cara de Niño Bueno aún no se hace presente y el Selectivo Infantil Provincial Masculino, de aquel 24 de noviembre de 1995, ya ha empezado en categorías inferiores. Por el altoparlante se escucha la primera llamada a los atletas de doce a trece años que participarán en los ochocientos metros planos. Cara de Niño Bueno había soñado con su carrera preferida. Hablaba dormido y sus delirios nocturnos presagiaban victoria.

Su profesor, Bartolo Espinosa, de cabello zambo, entrecano, de tez trigueña y de andar pausado, voz ronca y sonrisa perenne, lo había programado únicamente para esta modalidad. Tenía bien claro que el deporte es antidogmático, en donde la teoría y la práctica se juntan, y que su aprendizaje es aprender haciendo.

Los alumnos brillantes reciben una gran lección con el deporte: la humildad, que les inculcaba a sus pupilos. "La preparación física —les aconsejaba— es un factor decisivo en las personas que desean destacar, juntamente con el dominio del idioma inglés y el manejo óptimo de computadoras. El deporte es concentración —les recalcaba—, capacidad de trabajo y su más grande lección: la constancia".

Cara de Niño Bueno por fin apareció. Su complexión privilegiada y rostro de escultura helenística tallada en bronce, causa de su



apelativo, le daban una figura singular. Agitado como estaba escuchó las indicaciones de su instructor, mientras, presuroso, se ponía la pantaloneta azul y los zapatos de color crema con rayas rojas, suelas amarillas que, bajo el empeine, tenían incrustados siete clavos. Se puso también la camiseta, sin mangas, blanca con ribetes azules que a la altura del corazón tenía estampadas las siglas VR, las iniciales del Colegio Vicente Rocafuerte. Más abajo, a todo lo ancho, en un semicírculo, rezaba la palabra Atletismo y en el centro estaba dibujado un zapato con clavos, el cual, en su talón, tenía una estrella y una gran ala desplegada que nacía de las letras VR.

En el gramado, como tapete nuevo, Cara de Niño Bueno realizaba los ejercicios de calentamiento; denotaba gallardía en su trote, hacía picadas veloces, flexionaba sus piernas. Aún no estaba a punto cuando lo llamaron al sitio de partida. La hora de la

verdad había llegado, los corazones de los atletas y espectadores comenzaron a galopar como corceles desbocados.

Lanzarían dos grupos de diez participantes cada uno, completarían dos vueltas a la pista atlética y clasificarían los dos mejores tiempos. Con doce años, se enfrentaba a atletas que tenían trece. Entre sus contendores, en cuanto a estatura, estaba en un término medio. Había corredores más bajos y más altos que él; pero estos últimos no opacaban la estampa atlética que irradiaba Cara de Niño Bueno. En su grupo estaban los mejores y todos querían poner el nombre de sus colegios en la selección provincial. El sol no amainaría sino con el ocaso, el escenario deportivo estaba recalentado.

—¿Están listos señores jueces? —preguntó la autoridad que daría la orden de partida.

Los jueces respondieron afirmativamente. Entonces la misma voz les aconsejó a los atletas mantener la calma en la partida y después de desearles suerte a todos, prosiguió:

—¡Listos! —un sonoro disparo al aire irrumpió el silencio de aquella tarde diáfana.

Los atletas más altos tomaron la delantera y el más corpulento se fugó del grupo, los demás, inteligentemente, mantuvieron la calma. Ya por la media vuelta formaron un cordón multicolor. Cara de Niño Bueno estaba en el quinto lugar, todos corrían uno tras otro pero el fuerte tranco de los más altos comenzó a marginar a los pequeños y el cordón multicolor, al cumplir la primera vuelta, se rompió en dos. Cara de Niño Bueno había logrado mantenerse en el primer grupo. De repente, dos atletas del segundo pelotón, con supremo esfuerzo, lograron incorporarse al primero pero justo al tocarlo, los primeros apretaron el paso y los rezagaron definitivamente.

Recorrieron ya la vuelta y media y fue entonces cuando, mentalmente, fijaron su mirada en la meta. El tranco se volvió más y más fuerte, la fatiga era mortal, la máquina perfecta que es el organismo humano trabajaba a todo rigor, el aire comenzaba a faltar, las piernas parecían desfallecer, y aun así, el ritmo era endiablado. Ante todo, el espíritu competitivo, el enorme deseo de triunfar estaban intactos. El corpulento que, tempranamente, había tomado la delantera fue cazado por el pelotón puntero y rezagado sin misericordia.

Cara de Niño Bueno dibujaba en su mente el centenario colegio al cual representaba, los rostros de sus seres queridos y por ello la fe en sí mismo era suprema y sería su aliada íntima al entrar ya en la etapa más crítica de la carrera: la meta. Los gritos desesperados de aliento, casi grotescos, repletos de euforia, siguieron a la ansiedad reprimida de los simpatizantes de cada uno de los atletas:

—¡Fuerza Vicente!, —en alusión a su colegio, llegó a oídos de Cara de Niño Bueno.

Sabía muy bien que su profesor, sus compañeros y sus padres estaban de pie apoyándolo, agitando brazos y piernas como impulsándolo hacia la victoria. Faltaban cien metros y fue entonces cuando escuchó el "grito de guerra", que en realidad eran retumbantes chiflidos entrecortados de Bartolo Espinosa, e imprimió velocidad. Comenzó, uno a uno, a superar rivales; su figura serpenteaba rauda, su rostro era el vivo retrato del supremo esfuerzo; al final sus piernas respondieron al ímpetu de su fe.

Al cruzar primero la meta esbozó una sonrisa y la felicidad inundó todo su ser. Ese éxtasis indescriptible se apoderó de él. Era el dulce premio que concede la victoria como retribución al sacrificio. ¡Cara de Niño Bueno clasificó a la selección de Guayas! Pero aún le faltaría un largo trecho que recorrer para alcanzar su consagración final.

EDUARDO ISAAC GAIBOR
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa González Suárez.

Mi primera competencia

Cuando tenía catorce años empecé a entrenar judo y al mes de entrenamiento me dijeron que tenía que ir a competir en Guayaquil. Tenía miedo porque no había entrenado mucho tiempo y no sabía casi nada de técnicas ni llaves.

Llegó el día del viaje, yo estaba muy emocionado y a la vez nervioso y con miedo. No sabía qué me iba a pasar, ni quienes serían mis rivales en las peleas. Viajé por la mañana.

Me encontraba tres kilos arriba de mi categoría, por eso no me dieron de comer todo el día para poder llegar al peso requerido. Llegué a Guayaquil a eso de las tres de la tarde, justo el momento en el que empezaron los pesajes. Me pesaron y tenía todavía que bajar un kilo más. Me dieron dos horas para cortar el peso y mi entrenador me mandó a correr puesto dos chaquetas, y encima de ellas el quimono para poder bajar ese kilo que tenía demás. Pasó el tiempo que me dieron y volví a pesarme y ya estaba en el peso indicado, y mi entrenador me dejó comer.

Esa noche dormí temprano porque al siguiente día tenía que levantarme para ir al calentamiento y después esperar que me nombraran para ir a pelear. A eso del mediodía me nombraron



y la primera pelea me tocó contra un chico peruano. Esa pelea la gané y solo debía ganar dos peleas más para poder llegar a la final. La siguiente me tocó con un chico de Guayaquil y también la gané, pero cuando el chico me atacó yo caí de hombro y empezó a dolerme mucho.

Solo me faltaba ganar una pelea más para poder llegar a la final. Llegó el momento pero el dolor no me dejaba ni mover el hombro, me dolía demasiado, y no pude pelear. Igual tenía una pelea más por repechaje, esa pelea era para definir el cuarto y quinto lugares. Intenté pero el dolor me ganó así que perdí la pelea. Si la hubiese ganado podría haber obtenido una medalla de bronce porque en el judo se premia hasta el cuarto lugar.

Después de lo que me sucedió empecé a entrenar más y a rehabilitar mi hombro. Esa experiencia me sirvió mucho, perdí el miedo y los nervios y también me enseñó a ser más cuidadoso porque la cosa más mínima te puede causar una lesión.




ROSARIO PILICITA
nació en Machachi, Pichincha, en 1970. Trabaja en la Unidad Educativa José Mejía Lequerica. Su actividad favorita es el andinismo.

Mi sueño: las montañas

Mi vida desde pequeña no ha sido fácil pero siempre he logrado salir adelante con los consejos y el apoyo de personas que han estado junto a mí: mis padres, hermanos, gente que en el camino de la vida fui conociendo. Voy a contarles un poco de lo que me sucedió en estos cinco últimos años de trajinar cotidiano, hasta llegar a la Unidad Educativa José Mejía Lequerica.

Desde muy pequeña soñaba con conocer otros lugares del Ecuador, de la Costa, la Sierra y el Oriente, pero no se daba la oportunidad. Un día, después de haber concursado para obtener mi nombramiento en el Magisterio nacional, logré mi ansiado sueño de ir a conocer y, más aún, vivir en Mindo. Es un pueblo muy pequeño pero lleno de gente humilde y amable, que queda al noroccidente de Quito.

Fue triste cuando me alejé de mi familia pero al llegar conocí a varias personas tales como Charito y el licenciado Francisco, director de la escuelita Pedro Vicente Maldonado, como se la conocía en aquellos días. Me gustaba ser sociable y relacionarme



con la gran mayoría de personas de ese lugar pero al llegar a Mindo me propuse regresar a mi familia en dos años. Siempre me preparé para la evaluaciones con el fin de conseguir el traslado hacia mi lugar de nacimiento y así lo logré. Todos se pusieron muy tristes y mostraron el aprecio que me tenían.

Al llegar a Machachi, a la Unidad Educativa José Mejía Lequerica, un sueño volvía a renacer en mí: las montañas. Seguir subiendo ahora junto a mi hermano Marco quien, a pesar de ser menor que yo, es la persona que más admiro en la vida por tener un carácter fuerte y decidido pero lleno de humildad, y aunque a veces se derrumba siempre logra vencer la tristeza.

Un día, escalando montañas, conocimos a varias personas en nuestras aventuras. La aspiración era lograr subir todas las montañas alrededor de Machachi para luego empezar a escalar glaciares. Así lo hicimos: Pasochoa, Rumiñahui, Iliniza norte, Corazón y hasta el mismo Cotopaxi. Yo avancé solamente hasta el refugio pero siempre me quedaba esa espinita de cómo me sentiría al llegar a la cumbre.

Un día un grupo de ocho amigos —Misher, Miguel, Gustavo, Ibón, Ricardo, mi hermano Marco, mi sobrino Iván y yo, Rosario, por supuesto— empezamos nuestra travesía al Iliniza sur. Es una montaña muy difícil y complicada pero queríamos intentarlo de todas formas. Llegamos como nunca, a buen paso y en poco tiempo al refugio, contentos de empezar nuestra aventura y así comenzó lo que yo llamo "Mi despertar y la oportunidad que Dios me dio de volver a vivir".

Al llegar a las faldas del Iliniza sur, un día muy hermoso y despejado, se observaban todos los alrededores. La emoción de subir me abrazó el corazón, con alegría empecé a colocarme la vestimenta apropiada para escalar: grapones, cuerda y casco, todo lo que necesitaba, y estaba lista. Iniciamos nuestra travesía,

subimos, subimos y subimos. No sé cómo pero yo logré seguir el paso de tres hombres fuertes que a cada momento me decían: "¡Vamos, sigamos! Ya mismo llegamos". Así fue, logramos hacer cumbre los dos grupos de personas que íbamos pero no contamos con que al descender el Iliniza sur iba a probar nuestra fuerza y espíritu de montañistas.

En la primera grieta, al bajar, sufrimos un resbalón. Todo el primer grupo cayó dentro y no sé todavía cómo caí yo, solo sé que Dios quiso que en ese momento todos siguiéramos vivos. Fueron de los instantes más difíciles de mi vida al ver a varios de mis compañeros, y en especial a mi hermano Marco, heridos sin poder utilizar las piernas para caminar, intentando bajar arrastrándose.

Al caer la tarde, la oscuridad nos llenó de abatimiento al ver que hasta esa hora nadie sabía de nuestro accidente. Pero en la más profunda tristeza y cuando todos nos abrazábamos para darnos un poco de calor, surgió una voz: "¿Están bien?". Eran dos jóvenes que creyeron en su intuición y su corazón de rescatistas. Eran los andinistas José Luje y Cristian Toapanta que habían escuchado la voz de auxilio que los llevó hacia un grupo de personas que los necesitaban.

"Ayúdennos", dijimos. "¡Estamos aquí!", repetimos. Solo escuchamos decir: "Ya vamos, no se preocupen". Al verlos, nuestros corazones saltaron de alegría al saber que la montaña nos había dado otra oportunidad de vivir. José y Cristian nos ayudaron a bajar y en la roca llegaron otras personas que a cada uno de nosotros le daba ánimos para poder llegar al refugio.

Hoy puedo contar mi historia, la de mi hermano Marco y la de mi sobrino Iván, amantes de la montañas. Espero que cuando Marco se recupere sigamos haciendo lo que nos gusta, que es subir montañas.




NELSON CRISTIAN PINEDA
trabaja en el Colegio de Bachillerato Benigno Malo.

¡Todos podemos conquistar las cumbres!

Cautivado por la naturaleza, toda mi vida, siempre he estado lleno de aventuras junto a personas que se han ganado mi respeto por su capacidad de trabajar en equipo. Desde que tengo ocho años de edad formé parte del grupo *scout* de la ciudad de Cuenca, el "Virgen de Bronce". Me inculcaron las ganas de disfrutar y

compartir la naturaleza en campamentos o excursiones, y lo más importante servir a los demás sin esperar recompensa. Mi familia siempre me inducía a este tipo de actividades, porque somos amantes de la pesca y de actividades relacionadas con la biodiversidad.

Con el pasar de los años me di cuenta de que mi estilo de vida era ser aventurero. Organizaba excursiones dentro de la ciudad de Cuenca. Poco a poco fuimos con mi familia conformando un equipo de exploradores, y nuestro primer objetivo se planteó en el año 2012, que era participar en la carrera de aventura más grande del Ecuador, la Huairasinchi. Consistía en correr 189 kilómetros en tres días y para ello tuvimos que entrenar fuerte y practicar el *trekking*, la bicicleta de montaña, ir en kayak y aprender la navegación con mapa y brújula.

El equipo estaba conformado por Ismael, Pamela, Robinson y mi persona. En abastos estaban Claudio y Nelson. Durante la preparación tuvimos que pasar muchas dificultades y malas noches para poder llegar a la carrera. Todo el proceso me dio una lección y fue que entendí que si te lo propones, lo puedes conseguir. Gracias al esfuerzo de cada uno de ellos pudimos estar parados en la partida de la carrera y recorrimos paisajes únicos como el nevado Chimborazo. Pedaleamos por senderos del Parque Sangay y navegamos por ríos de la provincia del Guayas. ¡Qué gran satisfacción al llegar a la meta! ¡Alcanzamos el octavo puesto entre veinticinco equipos a nivel internacional!

Este fue el inicio de una serie de expediciones fuera de la provincia del Azuay para vivir más recuerdos. Como coronar el nevado Chimborazo, a casi 6300 metros de altura, donde se congelan hasta las lágrimas. ¡Qué frío se siente! Llegamos también a la cumbre del Cotopaxi, donde comenzamos con los grandes retos. Quisimos romper el récord Guinness de jugar fútbol en

la parte más alta del mundo. ¡Lo hicimos! Presentamos todas las evidencias y trámites para conseguir este récord pero, ¡oh sorpresa!, nos habíamos saltado algunos pasos.

Continuaron las aventuras y fuimos con Cuencaventura, el club de andinismo de la ciudad, dirigido por mi persona, al nevado Carihuairazo. Nuestro reto fue llevar a la cumbre una bicicleta. Después de varios meses de preparación lo logramos, creo que por primera vez llegó una bicicleta a esta cumbre. Fue muy difícil pero con un grupo de siete personas lo logramos. Nuestro mensaje era que todas las personas del mundo deberían de respetar al ciclista.



Mientras realizábamos estas aventuras yo estaba en el colegio Benigno Malo, donde soy profesor de Emprendimiento y Gestión. Mis estudiantes veían las fotos que subía a las diferentes redes sociales y poco a poco me pedían que les invitara a las excursiones. Para el año 2014, con el apoyo de las autoridades del colegio y la comunidad educativa, formamos el Club de Andinismo Benigno Malo, con el cual tuvimos muchas experiencias tales como subir a la Cumbre del Cotopaxi, del Carihuairazo y del Chimborazo.

A mis 34 años el evento que más me motivó e ilusionó organizar fue uno llamado "Todos podemos conquistar las cumbres". Consistía en subir las tres montañas más altas de Cuenca con personas que tienen discapacidad visual y auditiva. Así se muestra que las personas que tienen discapacidad también pueden conquistar cumbres, que no existe ningún limitante y que si te lo propones puedes conseguirlo. De esta manera también pedíamos a la ciudad de Cuenca ser más inclusiva.

Fue muy motivante trabajar día a día en el desarrollo de este proyecto con los estudiantes del Colegio Benigno Malo y Cuencaventura. Visitamos la Unidad Educativa Claudio Neira Garzón, contándoles acerca del proyecto. Los 44 estudiantes y docentes quedaron muy emocionados ya que ellos, por primera vez, iban a subir tres montañas en dos días. Con mucha incertidumbre, cada semana se les visitaba para dejar todo listo para el evento. Una semana antes del proyecto, se vino el reto "101 K". En este evento parte de las personas que entrenamos atletismo corrimos 101 kilómetros, además de cuatro montañas, todo en 22 horas, sin dormir. ¡Qué difícil fue! Pero esto era para motivar a las personas con discapacidad visual y auditiva y decirles que si nosotros logramos este reto, ellos también podían hacerlo la semana siguiente.

Llegó la fecha. Partimos con 44 señoritas y jóvenes rumbo a la primera montaña, llamada Monjas, de 2700 metros de altitud. Todos con gran emoción conquistaron la primera cumbre. Luego partimos a la segunda montaña, la Antenas de Turí, con una altura de 2750 metros. Ya un poco cansados pero con ganas de conquistar la segunda montaña. Llegamos, nos tomamos fotos y de paso almorzamos. Se venía la tercera montaña y la más difícil, el Guagualzhumi, de 3400 metros.

Llegamos a las faldas de esta montaña, cansados, pero con el objetivo firme. Iniciamos esta aventura a las cinco de la tarde, casi de noche. Alumbrados por una linterna conquistamos la cumbre a las nueve y media. Todos estábamos felices y con alegría llorábamos por este gran reto que se había cumplido. Se acercó María Belén, una niña completamente ciega, y me dijo: "Cris, nunca antes había sentido este viento en mi rostro, solo me imagino los hermosos paisajes que deben de estar a nuestro alrededor". Con lágrimas en los ojos, siguió: "Muchas gracias por esto. Nunca, nadie se había acordado de nosotros que tenemos estas discapacidades".

¡Qué emoción haber organizado un evento para personas que tienen discapacidad visual y auditiva! ¡Nunca los vamos a olvidar! Es más, estamos ya organizando con el Colegio Benigno Malo y Cuencaventura el mismo evento por tercera oportunidad.




SEBASTIÁN ALEXANDER SALCEDO
nació en San Gabriel, Carchi, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Mario Oña Perdomo. Sus actividades favoritas son leer y escribir historias.

Sueño cumplido

Abría los ojos desde la cama del hotel en Australia. Era un sábado normal para todo el mundo pero no lo era para mí porque era mi primer debut en la máxima categoría del deporte más hermoso que puede haber, me refiero al deporte tuerca de la Fórmula 1.

Desde los dieciséis años me fui introduciendo en lo automotriz. Todo empezó durante los fines de semana en Yahuarcocha, donde se realizaba el campeonato nacional. Esperaba siempre ansioso de que llegara el fin de semana para poder oír los rugidos tan hermosos de los gran turismo y monoplazas. Al verme tan emocionado mi

madre dijo: “Para poder estar donde están las personas triunfadoras, se necesita de un buen estudio”. Le hice caso.

A los diecinueve años me fui perfilando hacia categorías mayores donde me tomó un poco de tiempo acostumbrarme porque era un nuevo ambiente, nuevas influencias y nuevas amistades. Nunca me olvidaré de aquel primer día con mi nueva escudería Red Bull. Aún recuerdo como si fuera ayer esa llamada, la cual sería el principio de mi carrera como piloto profesional de Fórmula 1.

Todos estos recuerdos, estos inicios, me vinieron a la mente haciéndome recapitular todas las cosas que había hecho para estar donde estoy. Me siento muy contento y emocionado por haber logrado mi sueño.

Era el día de la carrera, un sábado, en Australia. Me desperté y enseguida me duché, me cambié, me perfumé y desayuné como rey. De pronto, sonó el teléfono. Era una llamada de mamá.

—Te deseo lo mejor —dijo ella.

—Gracias, mamá —le respondí.

Eran las ocho de la mañana y ya estaba en la pista junto con mi hermano, quien era mi acompañante en este viaje.

Tenía que salir a las prácticas con mi monoplaza de carrocería de carbono. Sentado en él sentía la vibración imponente del motor V12, turbo, alimentando a un coche de 930 caballos de fuerza. Una barbaridad, y el perfecto diseño aerodinámico para tener a esa bestia pegada al suelo y coger a mayor velocidad las curvas.

Justo antes de salir a la pista vi un destello blanco que nubló mi vista. Salió una especie de humo con una figura de un hombre muy difícil de reconocer, y poco a poco se fue aclarando. Era, nada más ni nada menos, el alma de una leyenda del deporte, me refiero al triple campeón mundial Ayrton Senna. Estaba impresionado

de ver a aquel personaje muerto que había sido mi ídolo desde siempre. Sentí un peso ligero al momento que Ayrton estiró la mano para reposarla en mi hombro, haciéndome sentir un brisa que recorría todo mi cuerpo. De pronto la leyenda habló:

—Es tu primera carrera, tómala con cabeza fría. Coge las curvas desde afuera hacia adentro, retrasa la frenada y sé competitivo —dijo Ayrton con una voz segura y llena de experiencia.

Paralizado por lo sucedido no dije ni una sola palabra, solo lo miré con ojos de admiración mientras se difuminaba en el aire hasta desaparecer. Parecía un sueño pero no lo era, era la pura realidad.

Se terminó la clasificación y terminé en el quinto puesto. Un resultado muy bueno teniendo en cuenta que era mi primera



carrera. Llegué a *boxes* y el ingeniero me felicitó por la clasificación. Comí con el equipo y charlamos un poco sobre mí, sobre ellos, sobre la pista y sobre el coche. Sobre muchas cosas excepto sobre lo que había pasado en las prácticas.

Ya eran las ocho de la noche y tras una larga socialización con mi equipo me dijeron que me fuera a dormir. De sorpresa, en el lugar donde tenía que descansar, estaban los *campers* donde dormía el equipo. Estaba recostado en la cama, preguntándome sobre lo sucedido, con la incógnita, y decidí descansar y concentrame en la carrera.

Amaneció el día de la carrera y era el momento de mostrar mis habilidades como piloto. Con toda la tranquilidad del mundo me subí al monoplaza minutos antes del comienzo de la carrera para ajustar cosas de último momento. ¡Llegó la hora! La adrenalina subió descontroladamente, se encendieron los motores y los mecánicos se dirigieron a *boxes*. Realicé un giro de cabeza involuntario y vi de nuevo a la leyenda que me dijo: "¡Suerte!", y me dio una palmada en la espalda que me dio toda la seguridad para correr.

El semáforo se puso en verde y la carrera empezó. Adelanté a uno en la largada y en la primera curva retrasé la frenada y me posicioné en el cuarto puesto. Al llegar a la mitad de la carrera mi equipo me pidió que entrara a *boxes* para el cambio de llantas, lo que fue un poco apresurado pero fue una estrategia que me benefició después al obtener el tercer puesto.

En la última vuelta se me apareció el alma de Ayrton manejando su monoplaza. Traté de alcanzarlo pero fue inútil, y entendí por qué no había podido alcanzarlo, porque todavía me faltaba mucho por aprender y mejorar. Fue una carrera que mostró que tenía potencial y talento.




STEEVEN PAÚL TITUAÑA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Urucuquí.

Nueva visión

Todo comenzó un día entre semana durante la temporada de vacaciones de verano del año 2010. Mis amigos y yo solíamos salir la mayor parte del tiempo a hacer recorridos por nuestra parroquia, cuyos caminos son lo bastante interesantes como para simular un recorrido por selvas o lugares terroríficos. Todo esto solo dependía de la limitación de nuestra imaginación pero eso cambió cierto día en el que un amigo, muy cercano, acababa de llegar de un recorrido en bicicleta. Lo sé, sé que parecerá aburrido, incluso yo mismo lo consideraba así hasta que…

Las cosas cambiaron ese mismo instante, instante en el que me pregunté: “¿Adónde habrá ido? ¿Qué tiene de interesante salir a lugares tan lejanos?”. La verdad no supe responder a estas preguntas, entonces decidí ahorrar dinero para comprarme una bici de montaña porque la que tenía no era apta para ello. Ahorré dinero tanto de mis colaciones como de lo que ganaba en mi trabajo ayudando a mi papá. Poco tiempo después logré reunir el dinero suficiente e inmediatamente convencí a mis padres de que me llevasen a comprar la nueva bicicleta. Me la compré en contra de la voluntad de ellos porque consideraban que era un desperdicio de dinero.



Al día siguiente salí a pedalear muy emocionado por las calles y de pronto apareció un gran amigo que me invitó a dar un recorrido, con él y otros más, a ese lugar de donde él solía regresar muy cansado. Este sitio ya todos lo conocíamos pero igual decidimos ir. Nos tomó un poco de tiempo alistarnos para comenzar la travesía.

Salimos antes del mediodía y recuerdo muy bien que había algunas nubes y que el viento soplaba armoniosamente. Nos adentramos a la carretera donde los autos iban y venían; el tiempo parecía ir demasiado lento, y media hora después comenzó lo más maravilloso que he sentido en toda mi corta existencia. Sentía que mi respirar se agitaba, que el corazón me palpitaba más rápido y que los músculos quemaban mis piernas. Sentía la gota de sudor bajar por mi rostro, la caricia de la brisa contra mi cara y el suave cantar de los pájaros que volaban de un lado al otro. En ese momento empecé a ver los viajes de un modo distinto, no se parecían en nada a lo que se ve cuando vas en un auto o en una motocicleta. Toda perspectiva de la vida cambia en ese instante, el valor de vivir en armonía da frutos, se siente cómo el ambiente se adapta a ti y tú a él.

Logramos llegar a nuestro destino en una hora y media. Muy agotados, con poca energía, nos sentamos a descansar. Las doce horas ya habían marcado, el sol estaba en su punto más alto y brillaba sin cesar, así que después de un merecido descanso el amigo que nos había invitado nos dijo que nos acercáramos al filo de un acantilado. Este acercamiento fue el inicio de mi adicción al ciclismo de montaña, fue como ver mi destino desde un punto de inicio, pues desde ahí se logra ver toda mi parroquia y comunidades vecinas. Se sentía el correr feroz del viento, la vista era inmensa hasta donde el ojo humano podía alcanzar a ver y ciertas montañas tenían otro color debido a la gran distancia a la que se encontraban.

Desde ese instante mis preguntas fueron respondidas poco a poco. Él había ido donde muchos tienen miedo de ir y pocos logran llegar. Lo interesante es llegar a tu destino solo con la ayuda de tus fuerzas y el "ñeque" que le metas. Pues es ahí donde la mayoría de las personas nos dicen locos, solo por ir a lugares lejanos pero maravillosos, locos por ver a la gente desde los más alto de una montaña, locos por cansarnos mucho y soportar intensos calores. Nos dicen locos por disfrutar la vida de un modo distinto al de ellos, entonces si las personas llaman a eso loco, pues sí, yo soy un loco y es aquí donde la imaginación se vuelve realidad porque ya no tengo que imaginar el lugar, sino que solo debo saber cómo llegar ahí. Pedaleando el tiempo pasa muy rápido, sientes que no ha pasado mucho y quieres quedarte en la cima de la montaña a ver por dónde más cruzarás el siguiente día.

RUTH CARMEN YUCAILLA
nació en Llinllin, Chimborazo, en 2004. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Duchicela Shyri XII. Su actividad favorita es jugar.

Mi bici favorita

Me llamo Jaqueline y desde pequeña me gustaba montar bicicleta pero no teníamos plata y no podíamos comprar una. Por eso me iba donde mi primo Jackson para jugar con él y aprender a montar. Cada tarde, después de la escuela, íbamos con mi primo a ver sus animales y a ver los míos también.

Una tarde, después de la escuela, fuimos mi primo y yo a dar un paseo en la bicicleta por la cancha de la iglesia. Vino una anciana y nos quiso castigar porque hacíamos mucha bulla y para que no nos castigara montamos la bici y nos escapamos con dirección a

casa. Al llegar nos resbalamos y nos caímos. Jackson se lastimó una pierna gravemente, ¡se le había fracturado el tobillo derecho! Yo, gracias a Dios, no tuve nada pero mi primo no pudo caminar y fui a buscar ayuda.

Fui a mi casa a buscar a mis padres para que me ayudaran pero no se encontraban en ese momento. Volví sola llevando una soga y un par de muletas pero al llegar los vecinos, que nos había visto caer, ya estaban sacando a Jackson. Les di las gracias, traje a Jackson a mi casa para poder curarlo y le fregué mucho pero Jackson decía que no le paraba el dolor. Entonces llamé a mi tía Mayli y a la mamá de Jackson. Llegó mi tía y nos quiso castigar, porque ella antes de salir nos había dicho que no fuéramos pero como somos necios y como teníamos ganas de aprender a montar bicicleta nos habíamos ido. Por eso nos regañó mucho. Mi tía llevó a Jackson al Centro de Salud pero como ya era tarde los médicos se habían ido. Lo llevamos al hospital más cercano de la parroquia y se lo llevaron e hicieron entrar en emergencias. Mi tía y yo estábamos muy desesperadas porque el médico no volvía breve.

Después de una media hora el médico salió y dijo que no era tan grave, que solo necesitaba descansar por tres semanas y no ir a la escuela. Mi tía me culpó diciendo que yo le había insistido para que fuéramos a dar la vuelta por la iglesia. Fue mi culpa, lo acepté y me fui a casa a contarle a mi mamá lo que había pasado. Mi mamá al escucharme me dijo: “No te preocupes hija que ya mismo te compro una bicicleta nueva y ya no necesitarás estar con tu primo. Tu papá te va enseñar”. Sonreí y me fui a hacer los deberes.

Después de tres meses me compraron la bicicleta que me prometieron. Era la más linda, la bicicleta perfecta, tal como la había soñado. Era mi favorita. Con ella podía viajar a cualquier lugar, incluso podía ir a la carrera de bicicletas en la comunidad



vecina. Mi papá me enseñó a montar bicicleta y aprendí en dos semanas. Fue fácil porque tuvo paciencia y me enseñó con mucho amor.

Era ploma pero como me gusta el color celeste le pinté de celeste, así se veía más bonita de lo que ya era. En esa bicicleta iba a todas partes, incluso a la escuela, a ver los animales, a encontrar a mi mamá y a los abuelitos. A veces jugaba con mi primo a las carreras en bicicleta; mi primo era bueno pero yo siempre le ganaba.

Después de cuatro meses nació mi hermanito y me tocó cuidar de mi mamá y ya no podía jugar con la bicicleta. Mi papá la había arrojado al sótano a mi pobre bicicleta entonces le pregunté por

qué, y me respondió: "Hija, verás, tú ya tienes trece y estás a punto de entrar al colegio. Tienes que portarte como una señorita y no como una niña porque en el colegio se van a burlar de ti diciendo que eres machona y karishina si sigues jugando con la bicicleta. Mejor guardémosla en el sótano hasta que crezca tu hermanito y él se haga su nuevo dueño". Con lágrimas en los ojos, dije: "Pero papá, ¿por qué las niñas o las señoritas no podemos jugar con bicicletas?, tenemos los mismos derechos que los niños. A mí no me va a importar lo que digan, yo aún quiero tener mi bicicleta hasta que mi hermanito crezca. Por favor, papá, déjame". Pero él no me hizo caso y cerró con llave la puerta del sótano para que yo no pudiera sacar mi bicicleta.

Fui corriendo a mi cuarto a desahogarme a punta de lágrimas. Mi papá tocó la puerta y yo no le abrí, porque me había quitado mi bicicleta. Al día siguiente me dijo que me tenía que acostumbrar a estar sin bicicleta. Le dije que estaba bien, que haría lo que me dijera, y me fui a ver los animales en el páramo.

Después de dos meses regresé al colegio. El primer día de clases era aburrido porque no podía encontrar ni una amiga. Al día siguiente conocí a una chica medio rara que se llamaba Hannah. Después de un tiempo se volvió mi mejor amiga. Ella sí entendía lo que yo quería y me dijo que ella tenía una bicicleta vieja. Le dije que la arregláramos para ir al colegio las dos y para no atrasarnos. Aceptó, y después de una semana esa bicicleta parecía nueva, era como la bici que tenía.

Así pasaron los años. Sé que ahora tengo diecinueve pero aún así me gusta montar en bicicleta y ganar en las carreras. Es mi profesión, soy feliz siendo tal como soy y no siendo como otros me quieren ver. Si alguien se enamora de mí tiene que aceptarme tal como soy y no pedirme que cambie.

JANNINA BRISEL LLORI
nació en Archidona, Napo, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional María Inmaculada. Sus actividades favoritas son tocar batería eléctrica, acústica y bailar.

Campamento al límite

Todo comenzó una calurosa mañana de marzo. Nos levantamos presurosos y un poco nerviosos por la travesía que haríamos en la competencia realizada por los jefes *scout* de nuestro grupo de Archidona. Alrededor de las ocho de la mañana, todos los equipos nos encontrábamos en el punto de partida. Se podía percibir el nerviosismo en cada uno de nosotros, a pesar de que estábamos listos para vivir esta grandiosa experiencia.

Después de realizar la oración *scout*, los jefes comenzaron a repartir un papel con la ruta que debíamos seguir para llegar hasta el sitio donde se desarrollaría el campamento. Es así como empezó la primera prueba, puesto que la descripción estaba escrita en clave murciélago, difícil para las personas que no conocen cómo funciona, pero para nosotros no. El lugar se encontraba a una hora del punto de partida, por ende, teníamos que apresurarnos en descifrarlo, para que nuestro equipo, "Camuflados", acumulara los puntos que serían de utilidad en el transcurso de la actividad.

Al llegar al terreno nos percatamos de que, de los ocho grupos, el nuestro era el tercero en llegar. Fue alentador estar entre los primeros en concluir la primera prueba, que no había sido fácil. Tuvimos que atravesar un pequeño río y esta parte se nos complicó un poco ya que, el día anterior, se nos ocurrió la "grandiosa" idea de ir en bicicleta, pero a pesar de esto, lo logramos.

Llegó las doce del día, lo recuerdo debido a que justamente en ese momento dirigí mi vista al cielo y observé dónde se encontraba el sol. Esto lo aprendí gracias a los conocimientos que, años atrás, nos impartieron los jefes de grupo.

Como era de esperarse, los integrantes de cada equipo nos encontrábamos hambrientos y un poco cansados, pero nuestras ganas de triunfar eran más grandes. Poco después de recibir las amazonas[1], debíamos dirigirnos hacia el lado oeste del terreno, donde encontraríamos las indicaciones para obtener nuestro alimento. Pero antes de esto cada equipo tuvo que limpiar el área donde iba a armar su refugio. Entonces empezamos a limpiar con machetes la yerba. ¿Nos tomó un gran tiempo? ¡Claro que sí! Pero eso fue lo de menos. Una vez despejado nuestro pedazo de tierra, empezamos a armar el refugio con unos palos que encontramos unos pocos metros adelante; para cubrir el techo, colocamos hojas y un pedazo de plástico que traíamos en nuestro equipaje.

---

1 Dinero *scout*.

Mientras uno de mis compañeros terminaba de amarrar los palos, proseguí a realizar una canaleta alrededor del refugio; esto ayudaría a que, si llovía por la noche, el agua se mantuviera fuera del refugio y no nos inundáramos.

Al terminar esto, fuimos por nuestro alimento pero, como era de esperarse, no iba a ser nada sencillo. Al llegar al lugar indicado nos emocionamos bastante porque nos tocó sumergirnos en una piscina de tilapias; obviamente teníamos que atraparlas. Placenteramente, logré pescar una. Fue muy divertido y estresante, ya que se sentía el roce de estos peces en la piel; entonces, instantáneamente, metíamos las manos dentro del agua para capturarlas, y cuando casi las teníamos estas nadaban rápidamente, con lo cual era imposible agarrarlas.

Más tarde, felices por haber atrapado la cena, nos dirigimos hasta nuestro refugio, pero no sin antes haber limpiado adecuadamente a las tilapias. Ya allí, Sebastián fue por material para hacer una especie de cocina y poder cocer nuestros alimentos. Prendido el fuego sacamos unos utensilios de cocina que yo había hecho con



guadúa una semana antes del campamento y, no les voy a mentir, nuestra cena estuvo realmente exquisita.

Una hora después tuve la necesidad de ir al baño. Este se encontraba cuesta arriba, así que fui junto a mi compañera, y nos ayudamos con unas linternas que habíamos hecho con material reciclado. Estábamos un poco nerviosas, puesto que era tardísimo y nos preocupaban los animales como serpientes o el ganado que se encontraba cerca.

En la madrugada comenzó a llover sin cesar. Nos dormimos hasta que amaneciera. Ya listos, debíamos regresar al punto de inicio, pero se complicó puesto que el pequeño río había crecido y esto ponía en riesgo la vida de cada uno de nosotros. Barajamos ideas para cruzar sin peligro y una de ellas fue que nos tomáramos fuertemente de las manos. Así lograríamos hacer una cadena y se nos facilitaría cruzar hasta el otro extremo.

Al llegar a Archidona, los jefes discutieron en privado cuál era el equipo ganador. Aquí se juzgaron varios aspectos que apuntaron a los ganadores. Pasaron diez minutos y el jefe de grupo nos felicitó a todos por haber culminado la actividad con éxito, pero resaltó que un grupo había sobresalido, ya que había hecho cosas que otros no hicieron; por ejemplo, un canal alrededor de la carpa, utensilios de guadúa para cocinar y linternas con material reciclado… y así, fue mencionando cada acción de nuestro equipo.

No lo podía creer, hasta que mencionó en voz alta el nombre del equipo ganador. Fue ahí cuando me invadió la felicidad y la satisfacción. Me sentí y nos sentimos muy orgullosos de haber salido victoriosos. Nos abrazamos y nos felicitamos por el buen trabajo realizado.

Y así concluye mi grandiosa experiencia de vida, experimentada en el campamento, en compañía de muchos amigos y jefes de grupo.




BOLÍVAR ARTURO SOLANO
nació en Chimbo, Bolívar, en 1958.
Trabaja en la Unidad Educativa La Asunción.
Su actividad favorita es leer.

Una mañana de caza

Al rayar las tenues luces del alba, dos hermanos, Pepe y Juan, se pusieron en camino hacia la selva en una aventura para cazar tigrillos, como solían hacerlo durante las temporadas de verano. Pero ahora estaban impulsados por la venta de pieles y la mañana bastante espléndida les guiaba por los senderos más intrincados de la jungla. La escarcha mojaba las débiles prendas con que se cubrían los excursionistas, y escuchábase en la cima



de los árboles los innumerables cánticos que eran la delicia típica de la geografía selvática. Esta situación les inspiró a alzar la vista y quedar maravillados, por lo que Juan exclamó:

—¡Qué hermosas aves!, ¡cómo quisiera llevárnoslas! Pero no tenemos alas para cogerlas ni tampoco conocemos su dulce lenguaje.

—No importa —expresó Pepe—, las llevaremos aunque sea muertas.

Animados por tamaña decisión, sonó el primer disparo. ¿Qué piensan que atraparon? Nada, por ser cazadores con mala puntería; y con el tremendo estruendo de las armas, las aves se alejaron dejando a los árboles con sus mudas y verdes hojas. Ambos volvieron al silencio y a esa angustia que se apodera del ser humano al hallarse en el seno de la misteriosa naturaleza.

Tomando fuerzas continuaron su ruta con mucho cuidado, esquivando árboles y lianas, con pasos largos unos momentos,

cortos otros, y con miradas muy agudas por todos lados, con el fin de evitar el mordisco repentino de alguna traidora víbora. Mientras más se adentraban en la espesura comenzaron a escuchar sonidos que se deslizaban, eran los reptiles de diferentes formas y colores que siempre generan respeto hacia la naturaleza. A mayor distancia, percibieron saltos aéreos en las cimas de los árboles, eran los monos y los andasolos, que se desplazaban continuamente y con mayor rapidez al sentir el peligro. Los dos hermanos localizaron a los mamíferos e inmediatamente les dieron caza para llevárselos.

Al cabo de algunas horas llegaron a un hermoso río de aguas puras y cristalinas que se deslizaba mansamente por entre la espesa vegetación. Pepe corrió hacia él para cruzarlo, pero resbaló desde unas piedras y tuvo que arrojar su arma y su pertrecho al agua. Así, desde ese momento, quedaron desarmados. Frente a tal imprudencia, Juan se enojó y le dijo:

—Ahora, ¿qué haremos sin pólvora? No podremos volver a cargar las armas.

No les quedó más que resignarse a la suerte, pero su cansancio era mayor, por lo que decidieron sumergirse y bañarse.

Luego del placentero baño, pero con cierta frustración, emprendieron su regreso. De repente se les apareció, de entre los matorrales, un tigre de aspecto hambriento que se dirigió hacia ellos. No hicieron más que arrojarle sus animales cazados y así lograron escapar del terrible peligro de ser devorados. A partir de ese momento decidieron correr, apuraron sus pasos, sus prendas de vestir y su piel se desgarraban, pero la adrenalina estaba en aumento y por momentos ni lo sentían. Al cabo de algunas horas estuvieron ya a buen recaudo y respiraron la tranquilidad de volver a la vida. Cuando estaban cerca de la casa paterna, la tarde moría en el ocaso, al igual que sus juveniles ilusiones.




RUBÉN DARÍO ORTIZ nació en La Vaquería, Chimborazo, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Ing. Hermel Tayupanda. Su actividad favorita es la lectura.

Cazador y vaquero

Mi familia es muy pobre y mis padres están dedicados a la agricultura. Cuando tenía cinco años me gustaba jugar mucho con los juguetes y un año después entré a una escuelita sencilla. Mi padre trabajaba como vaquero con los toros bravos en el páramo, con esa plata que ganaba me hizo estudiar y mi madre cuidaba a nuestros animales como cuyes, conejos y ovejas.

También salía a cazar conejos del páramo con mis amigos porque me gustaba mucho su carne. Así, mínimo sabíamos



coger cinco o seis conejos en la cacería. Solían acompañarnos los perros y cuando murió uno de estos perros quedamos tristes ya que no hubo quién nos acompañara. Pero luego compramos otros dos perros, los cuales aprendieron a cazar venados y desde entonces aprendimos a comer carne de venado.

Cuando tuve doce años ingresé al colegio en donde llegué a conocer a nuevos amigos, por lo tanto dejé un buen tiempo de ir al páramo, porque venía muy cansado a mi casita. Mientras mi madrecita me esperaba con el almuerzo, luego, les ayudaba a dar de comer a los animales. Gracias a mis padres estoy avanzado en mis estudios, algún día seré un profesional, y luego pienso ayudar a mi familia.

El director del colegio me dijo que vendiera la carne de venado pero hasta el momento no he podido cumplir con ese trato. Algún día haré realidad mis sueños, en el colegio todos mis compañeros me quieren mucho porque con todos comparto.

JOSÉ GUILLERMO BARZOLA
nació en Daule, Guayas, en 1998. Trabaja en la Unidad Educativa Guapara. Su actividad favorita es sonreírle a la vida.

El esfuerzo de un arduo trabajo

Esta historia se remonta cincuenta años, cuando los abuelitos de la familia Antepara llegaron a vivir y trabajar en unas montañas en la provincia del Guayas, en el sector de El Castillo. En aquel entonces existieron momentos buenos y momentos difíciles de trabajo ya que la manera de trasladarse, o salir de aquellas montañas, era por medio de animales como caballos y burros, y en algunos casos vacas.



Sembrar cultivos era muy difícil ya que al tratarse de montañas vírgenes existían muchos peligros. La manera de trabajar era usando hachas o machetes porque no existían las motosierras. Al momento de vender la cosecha tenían que sacarla al pueblo en balsas. Navegaban por ríos y lagos del sector, y a veces se demoraban hasta tres o cuatro días en salir. Ganarse el pan de cada día era muy duro pero como dice el viejo refrán: “El que persevera, alcanza”.

Gracias a todos sus esfuerzos pudieron cultivar y trabajar en las montañas realizando su sueño de salir adelante. Aunque al principio fue duro, con el tiempo obtuvieron su recompensa. Tuvieron muchos hijos, comida en abundancia y su imperio creció. Luego siguieron comprando más terrenos para cultivar y así se la pasaban de pueblo en pueblo hasta que pudieron asentarse en la provincia de Manabí, en el sector La Manga del Cura.

Lo bueno de todo esto son las experiencias que vivían porque en las montañas puedes escuchar y vivir historias de amor, de suspenso y de terror, pero también de drama y de acción.




LUIS ADOLFO ALVARADO
trabaja en la Unidad Educativa Galo Plaza Lasso.

Vicisitudes

En el año de 1961, un 22 de octubre, a la cinco de la madrugada nace esta humilde persona con la asistencia de una comadrona, en una pobre casa de campo ubicada en la Hacienda Correntoso, propiedad del señor Hermógenes Rivas. Perteneciente al cantón Daule, provincia del Guayas, nací pesando nada menos que doce libras y nueve onzas. Hijo de Adolfo Alvarado Delgado y Gladys Rivas Villegas. Somos, en total, ocho hermanos, procreados en los dos matrimonios de mis padres. Al separarse mi madre del lado de mi progenitor yo tenía, más o menos, nueve años de edad, por lo

que quedé junto con mis hermanos al cuidado de mi abuelita por parte de madre, doña Francisca Villegas Fajardo.

Crecí con mis abuelos en su hacienda y una de entre muchas anécdotas me hace recordar que me salvé de manera providencial de morir ahogado. Eran más o menos los últimos días del mes de diciembre, no recuerdo exactamente el año, pero había llovido y se veían grandes pozas de agua en el lugar donde se había cosechado arroz. Una tarde nublosa mi abuela me mandó a arrear unos patos en plena tempestad y, de pronto, caí en un pozo de un metro ochenta de profundidad por un metro cincuenta de diámetro. Sin embargo, luché y tragué bastante agua pero con uno de mis últimos esfuerzos logré agarrarme del borde del pozo y salir de allí.

El campo fue fiel testigo de mi infancia y de mi vida alegre, divertida y triste, digo esto porque la pobreza nos agobió en aquel tiempo como consecuencia del abandono de mi padre. Mis memorias de niñez y juventud las guardé muy secretamente en aquel libro de la memoria, que solo yo podía abrir. El tiempo siguió transcurriendo y ahora que estoy mayor he decidido buscar las llaves de mi cofre de secretos para contarlas.

Luego de la separación de mis padres fui perdiendo poco a poco el cariño de él y algo de la noción del tiempo, porque él nos olvidó. Mi madre decidió casi al año llevarnos a un nuevo hogar localizado en el cantón Yaguachi, donde permanecí hasta 1982. Culminé mi instrucción primaria en el campo, en una escuelita mixta. Después ingresé a estudiar el nivel medio, hasta cuarto año en la especialización de Filosófico Sociales, en el Colegio Nacional 21 de Julio, de Yaguachi. Luego mi madre y el resto de la familia nos establecimos en la actual parroquia Limonal, del cantón Daule. Terminé mis estudios de nivel medio en el Colegio Fiscal Juan Bautista Aguirre de esta localidad, incorporándome de bachiller en 1984 y permaneciendo allí hasta 2011. Hoy, por diversas

circunstancias, habito en el sector de Los Álamos, en el área sur, marginal al cantón Daule, junto a mi madrecita y hermanas.

Estas y otras vivencias de mi niñez y juventud marcaron mi vida, fueron años hermosos, sufridos, pero siempre con la esperanza de ser alguien en la vida y lo logré. Escasamente salíamos a algún lugar costeño a pasear porque la situación económica era muy difícil y complicada, y cuando no se trabajaba no se comía, este es un decir popular de nuestra gente del campo. Aunque mamá por lo menos hacía yuca cocinada. Recuerdo también que durante las estaciones lluviosas solía ir con mi padre adoptivo de cacería, este recuerdo jamás se me olvidará. Él era una persona noble, me enseñó buenas costumbres, como a trabajar en las labores del agro, en nuestra propiedad, y de jornalero, en otras propiedades. Estoy agradecido por sus enseñanzas, especialmente el cultivo de arroz, puesto que este trabajo me brindó la oportunidad de continuar con mis estudios y el de mis hermanos.

Este recuerdo es cumbre: en cierta ocasión, en pleno invierno, tenía una pequeña canoa y salía a buscar huevos de aves, como gallaretas, marías, carraos, patos cuturreros, y en una de esas me perdí en una gran ciénaga. De repente, escuché unos crujidos y unos golpes fuertes, sentí un miedo tan grande que pensé que era el espectro de algún alma vagabunda, pero me sobrepuse y, bogando lentamente, me abrí paso entre las malezas acuáticas. Me acerqué más y más hasta que me di cuenta de que eran dos enormes tortugas que se estaban apareando. Pensé que era el momento de agarrarlas y de llevar un delicioso banquete a mi familia, y fue así que muy lentamente tomé con el remo la medida para ver la profundidad del agua y compararla con mi estatura. El agua me daba casi hasta el cuello, entonces decidí bajar a paso lento. Agarré por el rabo a las dos tortugas y las até, embarcándolas en mi pequeña canoa y las llevé a casa. Nadie podía creerlo, mi

madre lloraba de alegría y miedo, diciéndome: “¡Hijo, te pudo pasar algo!”. Pero después del susto nos sentimos alegres porque la travesía tuvo un final feliz.

Una de mis aficiones desde muy niño fue la pesca con anzuelo. Sentía una alegría enorme cuando atrapaba un pez. Esta actividad la aprendí en Yaguachi, cerca del lugar donde vivía. Con esto aseguraba el sustento alimenticio en épocas duras, de escasez, lo que se conoce en el lenguaje montubio como “salidas de aguas”. La pesca a veces se complementaba con las aves de corral que criaba mi madre, o también con productos provenientes de la cacería.



Cuando nos trasladamos de domicilio para vivir en la parroquia Limonal fue para mí una enorme alegría vivir a orillas del majestuoso río Daule, siendo precisamente la pesca mi sustento para poder estudiar y cumplir mis sueños de adolescente. Quería ser docente de nivel medio, inspiración que la obtuve de mis maestros de ciclo básico y diversificado. En el caudaloso Daule pescaba en invierno y verano con unos señores apodados "Los Candelillas", nos hicimos muy buenos amigos. Algo logré alcanzar durante la época en la que se pescaba en abundancia en el río Daule, pues esta actividad se vio afectada cuando entró en operación la represa Daule-Peripa, que disminuyó considerablemente la pesca.

Esta actividad la realizaba con trasmallos, paños y cesto, agarrando peces grandes como róbalos, bagres, corvinas bocachicas, sábalos y guibilas, entre otras. La noche era como el día, llegaba de clases de la universidad entre las nueve o diez de la noche, enseguida me cambiaba y me iba a pescar para regresar a las tres o cuatro de la madrugada. Así se repetía la rutina cada día, asegurando de esa manera un ingreso efectivo entre quinientos y dos mil sucres diarios. De esa manera solventaba mis gastos de estudios y personales.

En cierta ocasión sucedió algo inesperado: me enredé en los paños de pesca en la profundidad del río. Fue desesperante pero luchando logré salir. Por poco me ahogo pero no se lo conté a nadie, ni a los propios compañeros de faena hasta hace poco tiempo que me encontré con ellos y nos pusimos a contar nuestras historias. ¡Qué buenos años!

Tengo 56 años de una vida llena de vicisitudes, con peligros constantes de muerte. En cierta ocasión, por ejemplo, cuando viví en Yaguachi, mi padre adoptivo me envió a quemar unas malezas en campo abierto pero el sol y el viento hicieron que el fuego me rodeara. De esa logré salir, como se dice vulgarmente,

con las últimas. También cuando estudiaba en la universidad, al regresar a casa, por escasos centímetros pude ser atropellado por un vehículo que circulaba con las luces apagadas y a exceso de velocidad. Este hecho fue en el desvío para entrar a Limonal, precisamente.

En otra ocasión viajaba a casa desde Daule a Limonal, cuando al bajarme del vehículo un hombre desconocido sacó su arma y me la puso en la cabeza, sin darle yo ningún motivo. Por obra de Dios apareció un alma piadosa que le dijo: "¡Qué le vas a hacer a este muchacho tranquilo! No le hagas daño". No le conté nada a mi madre porque le iba a causar angustia y dolor. Sin embargo, hace más o menos un año, en una de esas tardes friolentas con un cafecito en mano, me senté a su lado y le comencé a contar todas mis vicisitudes. Luego me sentí inmensamente feliz porque Dios me ha dado la oportunidad de contar mis anécdotas, en especial a mi querida madre, el ser más lindo de mi vida.

Para concluir este sencillo relato en el que he contado todas mis experiencias de vida, las mismas que me han servido para fortalecer el espíritu de un ser que con ahínco ha luchado día a día por mejores logros y así alcanzar un peldaño más en su vida familiar y profesional, quisiera manifestar sencilla y humildemente que en la actualidad laboro como docente titular en la Unidad Educativa Galo Plaza Lasso, del cantón Daule, impartiendo la asignatura de Historia. He tenido dos compromisos con los que he procreado tres hijos, una señorita de veinte años y dos varones de doce y seis años.




SEGUNDO GERARDO ALQUINGA
nació en La Merced, Pichincha, en 1968. Trabaja en la Unidad Educativa Jacinto Jijón y Caamaño. Su actividad favorita es laborar en el campo.

El pastorcito valiente

El amanecer se pinta de colores con los rayos del sol, las aves terminan de cantar agradeciendo el despertar de un nuevo día, el perfume de las plantas del campo y la chacra de maíz entregan una especial textura a la vida natural del campo. En un redil, acurrucaditas, se encuentran ovejas y cabras un poco impacientes por salir al pastoreo.

De la vieja casa de adobe, teja y piso de tierra, aparece un niño de aproximadamente seis años. Su vestimenta merece especial atención: su camisola multicolor y su pantalón parchado de telas

de diferentes colores asemejan un hermoso arcoíris en medio de la franja verde de las plantas del campo. En su mano lleva una vara, lo acompaña su mejor amigo, un perrito llamado Poncho. Su rostro está matizado por el sol y refleja ligeras quemaduras que son cubiertas con un pequeño gorro deteriorado. A sus espaldas, envueltas en una sábana blanca, lleva tortillas de maíz con dulce de zambo que le permitirán saciar el hambre al mediodía. Se dirige alegre a cumplir la responsabilidad que desde hace un año tiene que cumplir cada día.

Las ovejas, al abrir el redil, salen apresuradas y felices, escuchan la voz de su pastor y son trasladadas con silbidos y gritos al pastoreo. Algunas un poco confundidas, por cuanto no aparecen sus hijos, caminan inquietas y buscan incansablemente hasta encontrarlos. Pero este día el pastorcito tiene una misión especial: cuidar una ovejita preñada que merece más atención que las demás. Es visible, por cuanto camina con un poco de dificultad al final del rebaño.

Al mediodía, la ovejita de mayor cuidado se pone muy inquieta. Camina de manera descontrolada, se acuesta y bala con dolores de parto, como que quisiera estar sola y que nadie la mire. Se aleja del rebaño a un sector donde la hierba se encuentra un poco más alta. Transcurren horas y la preocupación del pastorcito se hace más visible. Al iniciar el atardecer se dirige hacia el lugar donde se encuentra la ovejita y puede observar con asombro que al lado de su madre se encuentran dos corderitos de color blanco como la nieve. Pronto se ponen inquietos y caminan con dificultad en busca del rebaño, a cada momento se acercan a su madre para que les brinde protección. Ahora la preocupación del pastorcito es cómo retornar a casa, por cuanto el rebaño se dirige de prisa y los pequeños corderitos no pueden caminar al mismo ritmo.



El sol comienza a caer en el horizonte y el pastorcito los envuelve en una sábana a los dos corderitos que lloran, incansablemente, llamando a su madre. La carga es un poco pesada para su frágil espalda pero la felicidad no se la quita nadie. Ilusionado y alegre camina con el rebaño a su casa; también Poncho se encuentra feliz, ladra frecuentemente a la carga que lleva el niño a sus espaldas, pero no descuida el rebaño que va delante. "Hoy he sido muy valiente", reflexiona para sí mismo. En la puerta del corral una silueta de mujer de mediana estatura aparece a lo lejos. Es su madre que con un grito de júbilo le dice: "¡Tú eres mi pastorcito valiente!", sonríe y abraza a su hijo. Le da un beso en la frente. Él, emocionado, le dice: "¡Mamá!, son dos, sí, ¡son dos!". Dos corderitos hermosos que merecen cuidado.

Madre e hijo caminan presurosos a la casa, con la alegría de haber recibido dos regalos. El crepúsculo de la noche les invade y las estrellas en el firmamento comienzan a reflejar destellos, anunciando el final del día.




LUIS ALEJANDRO VEGA nació en Ibarra, Imbabura, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Hermano Miguel La Salle-Atuntaqui. Sus actividades favoritas son leer y pasar tiempo con su familia.

La herencia de mis arrieros

En la época de mi bisabuelo, José Elías Ayala Gudiño, él y sus hijos se dedicaban a la agricultura pero, principalmente, a la arriería. Eran dueños de un conjunto de diez a quince mulares, los cuales eran guiados por una madrina yegua, o un caballo, que se encargaba de mantener al grupo de animales reunidos. Estaban bien mantenidos y cuidados para que fueran resistentes y los viajes se llevaran a cabo con éxito.

Este trabajo consistía en transportar principalmente panela, granos secos como fréjol y maíz, así como víveres en general, a distintos lugares como Quito, Papallacta o el Oriente. De esto dependía el tiempo de retorno a su hogar.

Cuando viajaban a Íntag, por ejemplo, su recorrido se desarrollaba desde la mañana hasta llegar al páramo, a las faldas del taita Cotacachi. Las mulas iban sueltas tres días, pasando por García Moreno hasta Chalguayaco en dirección a las grandes moliendas de caña como El Naranjito, Villadorita, Lauro, entre otras. Al llegar, los arrieros se dedicaban a liar o atar con cabestro los cajones de panela con paja de manera muy minuciosa, formando bultos bien pegados, listos para ser cargados en las mulas.



El retorno lo realizaban a pie, en tramos de un día, hasta llegar a sitios específicos llamados Tambos, que eran lugares donde descargaban a las mulas para que pudieran alimentarse. Esto se repetía de tres a cuatro días hasta llegar a la ciudad de Otavalo, donde se realizaba la entrega de la panela.

Los caminos eran muy angostos y peligrosos, por lo que cada viaje representaba una historia nueva que contar. Los arrieros tenían que pasar momentos de dificultad amenazados por el clima, ya sea el invierno o el verano, y muchas veces tenían que sufrir la pérdida de sus mulas que se despeñaban.

Por su parte, las mujeres, incluida mi abuelita materna, se dedicaban a realizar la preparación de los alimentos para los arrieros. Consistía en granos secos como fréjol y tostado acompañado de deliciosas carnes de chancho, de res o de cuy, así como también exquisitos bizcochos. Todo esto era empacado en bolsas de tela para asegurar su protección. No podía faltar el tradicional pinol, que era molido con dulce de panela en piedra de mano, con el cual se realizaban batidos. Esta alimentación era muy energizante y saludable, razón por la cual tuvieron largos años de vida.

Mucha gente de nuestro cantón Antonio Ante se dedicó a esta ardua actividad, así como también de Caranqui y Cotacachi. Fue una fuente de ingresos muy importante en ese tiempo.

Su trabajo terminó con la apertura de carreteras y el desarrollo de vehículos, lo que los obligó a cambiar su modo de vida. Fue una época tranquila, limitada de tecnología pero muy organizada y libre, que estaba dedicada a la crianza y formación íntegra de la familia en valores católicos. Se les enseñó desde pequeños el trabajo en equipo, el valor de la obediencia y el respeto a uno mismo y a los demás. A valorar la vida por su esencia y a luchar frente a las dificultades con valentía.




MARÍA GLADYS TROYA
nació en El Chorro, Zamora Chinchipe, en 1961. Trabaja en el Colegio de Bachillerato Zumba. Su actividad favorita es leer obras de diversos géneros.

Historia de los arrieros del cantón Chinchipe

En la primera mitad del siglo XX, en medio de la vegetación sur oriental, hoy la Amazonía, se encontraba un pueblo llamado Zumba. De los caseríos aledaños como Chito, La Chonta, El Chorro, Pucapamba, La Guayusa, Huanchunangui, LLanguachis, La Puca

y La Huaca salían sus habitantes a vender el principal producto de exportación, el café, a la ciudad de Yangana.

En aquel entonces no existían vías de transporte vehicular por lo que tenían que hacerlo a lomo de mula. Los comerciantes con su piara de diez o quince mulas no se aventuraban solos por aquellos caminos de herradura, pantanosos, con ríos caudalosos, sino que tenían a su servicio a los arrieros. Entre ellos destacaban “El Masache” o “El chivo”.

El oficio del arriero era arriesgado y de mucha responsabilidad. Iban a pie, puestos botas de marca Siete Vidas y pegado al cinto un machete dentro de su respectiva vaina. Arreando la piara con látigo en mano, el silbido y ciertas expresiones como: *Hichooo* o *¡Mula de la gran flauta!*, iban haciendo eco en aquellas montañas que se alzaban como fieles testigos del paso de aquellos seres. Iban arropados por el viento, la garúa, la neblina y parecían fantasmas en los desfiladeros y hondonadas donde aparecían camellones profundos de lodo y agua que hacían más lento su caminar.

El arriero sabía que el frío, cual filo de espada, cortaba los huesos y el cansancio doblaba sus rodillas. Detenerse era morir y por eso hacía uso de su fuerza, valentía y experiencia para avanzar a Solaguari, Negro Muerto, y llevar su preciado tesoro al primer tambo, llamado Palanumá. Ahí era frecuente encontrarse con otros comerciantes y arrieros que entre copa y chamico relataban historias que, según el que las narraba, eran *ciertito*, seguidas de la señal de la santa cruz: “Sucedió en un sitio llamado Negro Muerto, todos desataron la talega y sacaron la tonga para comer pero uno de ellos, que no quiso compartir su gallina asada, huevos duros y plátanos fritos que había llevado, se alejó del grupo. Sus compañeros terminaron de comer y él seguía triturando los huesos, cautelosos se acercaron y cuál sería su sorpresa y miedo que terminó por comerse los dedos de la mano”.



Al rayar la aurora el arriero se dirigía al potrero a traer las mulas, las contaba, observaba si las herraduras estaban bien adheridas a sus cascos, las ensillaba y tomaba, a soplos, un jarro de guayusa humeante. Luego ponía los quintales de café sobre el sillón, los apretaba con el cinchón, hacía los nudos que todo arriero conoce para que la carga no se caiga y salía con su patrón. El patrón se distinguía por que, además de su sombrero, sobre su vestimenta, llevaba el poncho de aguas y el zamarro que cubría sus piernas, prendas que lo protegían del barro y de la pertinaz lluvia.

Complementaban su atuendo las botas de cuero y las brillantes espuelas que de vez en cuando las hincaba sobre los ijares de la mula que se retrasaba.

A los arrieros les invadía la nostalgia y entonaban canciones como la siguiente: "Dicen que venir a Zumba es un deber, que tomando la guayusa no he de volver…". Este tema, según los narradores orales, fue compuesto por profesores que en noches de bohemia evocaban recuerdos e iban componiendo versos. Pero eso es otra historia.

Los arrieros se dirigían hacia el norte e iniciaban la bajada de Pucarón, Agua Dulce, Palanda, Santana y Pueblo Nuevo hasta llegar al segundo tambo, la hacienda del señor Arturo Ochoa, cerca de Valladolid. Al siguiente día ascendían hasta la entrada de "La Garganta" y comenzaban la travesía del Añañán. Eran más cautelosos cuando la vegetación decrecía y se enfrentaban al cerro Sabanilla. El camino se asemeja a una cueva larga, incrustada en la montaña donde las gotas de agua resbalan constante y lentamente, el frío cala hasta el alma y las piedras filudas del camino arrancan un grito de dolor que retumba en la lejanía.

Al salir de aquella encrucijada, tanto los animales como los arrieros renovaban fuerzas, las mulas alzaban las orejas y ellos abrían los brazos para recibir la brisa y apresurarse a descender a la quebrada de Guarinumaca. Luego iban a salir a la hacienda de Cachaco, cerca del pueblo de Anganuma desde donde se vislumbra el pueblo de Yangana. Llegar a Yangana sano y salvo y con su piara completa era el mayor logro de un arriero.




WALTER OVIDIO TORRES
nació en Cariamanga, Loja, en 1968. Trabaja en la Unidad Educativa Carlos Rivadeneira. Su actividad favorita es caminar.

Los arrieros y la ruta del aguardiente

En las décadas de los cincuenta y de los sesenta los primeros habitantes de Meridiano y de Palma Real, para obtener sus recursos económicos, cultivaron caña y artesanalmente produjeron aguardiente. Lo sacaban a lomo de mula y cargándolo ellos mismos

por el camino antiguo, llamado Aparejos, y salían a San José de Minas, Otavalo y Cotacachi. Los moradores emprendían sus viajes en la lluvia, bajo el sol, por la noche o de día, mojados, enlodados y a veces sin comida. Para pasar la noche se quedaban en los tambos para seguir comercializando el aguardiente. Algunos habitantes tenían entregas porque había cupos y se recibía el alcohol como producto lícito, pero otras personas vendían el aguardiente de contrabando.

Por eso se nombraron a guardas del estanco para que vigilaran la producción de alcohol. Estas personas eran crueles y despiadadas. Llegaban inesperadamente, y armadas, a los alambiques artesanales y obligaban a entregar todo el producto. Después los llevaban presos con sus aparatos a espaldas, y se los obligaba a ir por el camino antiguo, de Aparejos, hacia San José de Minas. Este camino tiene muchas historias de nuestras familias, una de ellas es la del señor Daniel Ayala. Lo habían obligado a cargar el alambique en su espalda como si fuera un animal y este pobre hombre, sin avanzar el peso, ya no podía caminar. Los guardas le dispararon en sus extremidades y por eso había muerto desangrado. A pesar de estos obstáculos, seguían viniendo nuevos contrabandistas para comercializar el aguardiente.

Los señores Melos, el señor Alejandro Sampedro, don Ubaldo Flores, Andrés Rea, Carlos Ayala y muchos más trabajaban en el contrabando porque era un medio de sobrevivir. Como en ese tiempo no había carreteras, padres e hijos arriesgaban sus vidas para ganar más, y muchas veces llevaban a su heridos en chacanas hasta llegar a Minas, el lugar más accesible, y así viajaban días y noches para llevar alimentos a sus familias.

Desde la antigüedad, donde la belleza natural se observaba en el horizonte de Meridiano y donde surgen historias que comienzan a descubrir ciertas necesidades, por los años ochenta, un grupo

de hombres comenzó a organizarse y transitar por estos caminos: eran los arrieros. La falta de carreteras y la necesidad de vender su producto comenzó a abrir nuevos caminos para transportar el trago. Caminaban día y noche por senderos oscuros, los llamados *culuncos*, a pesar de que ciertas mercaderías eran decomisadas por los empleados del estanco, los precios eran muy buenos, se vendían a mil doscientos sucres.

Pero la suerte no siempre les acompañaba porque eran fusilados, maltratados y llevados presos, además de que se les incautaba el producto y a los animales de carga, y tenían que pagar su deuda porque era prohibido, en ese entonces, vender aguardiente.

Los grandes fundadores del camino del arriero fueron Aureliano Meza, los Reas, Aquiles Melo, la familia Renjifos de



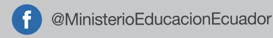
Minas, los Teranes, los Ruices, los Herreras, los Benalcázar y la familia Flores. La necesidad de llevar comida a su hogar los hacía seguir transportando el producto y pasando dificultades con los guardas que se acercaban hasta San Carlos. La comunidad era muy organizada, repicaban las campanas cuando llegaban los guardas u otros empleados del estanco.

Durante mucho tiempo los arrieros fueron perseguidos, hasta el período del presidente Rodrigo Borja, el cual mediante decreto dio por terminada la institución del estanco. El principal camino del arriero nace en la comunidad de Palmitopamba y pasa por Chacapata, Playa Rica, Meridiano, San Carlos, Barrionuevo, Pamplona y San Pablo, hasta coronar el páramo de Aparejos. Continuando con la travesía se llegaba a Tabaculoma, la portada de Pugzacocha y de ahí se partía a la parroquia de San José de Minas. Tomando otra ruta para ir a Otavalo se pasaba por Inguincho y por la hacienda del mayor Galo Larrea, la cual llegaba a Achupallas o a Quiroga.

El arriero continuaba pasando grandes necesidades y su alimentación consistía en tostado, panela, máchica, pinol, rosquillas, mote y yuca. Las pesadas cargas eran de sesenta a ochenta litros. La necesidad de llegar a su destino era lo más anhelado. En las fiestas llegaban de sus parroquias vecinas y el consumo del aguardiente era muy bueno. Se celebraban las fiestas de San José de Minas y de la Virgen de la Caridad el 24 de septiembre, y por eso el arriero tenía buen ingreso económico. El arriero fue conocido por usar el acial, la macana, y por llevar poncho y sombrero.



En este libro encontrarás relatos sobre la gente y sus ocupaciones: los deportes que practican, los instrumentos que ejecutan, las profesiones que han soñado, las que han desempeñado, y uno que otro oficio que se ha olvidado con el tiempo y la modernidad. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.







/MinEducacionEcuador

/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec